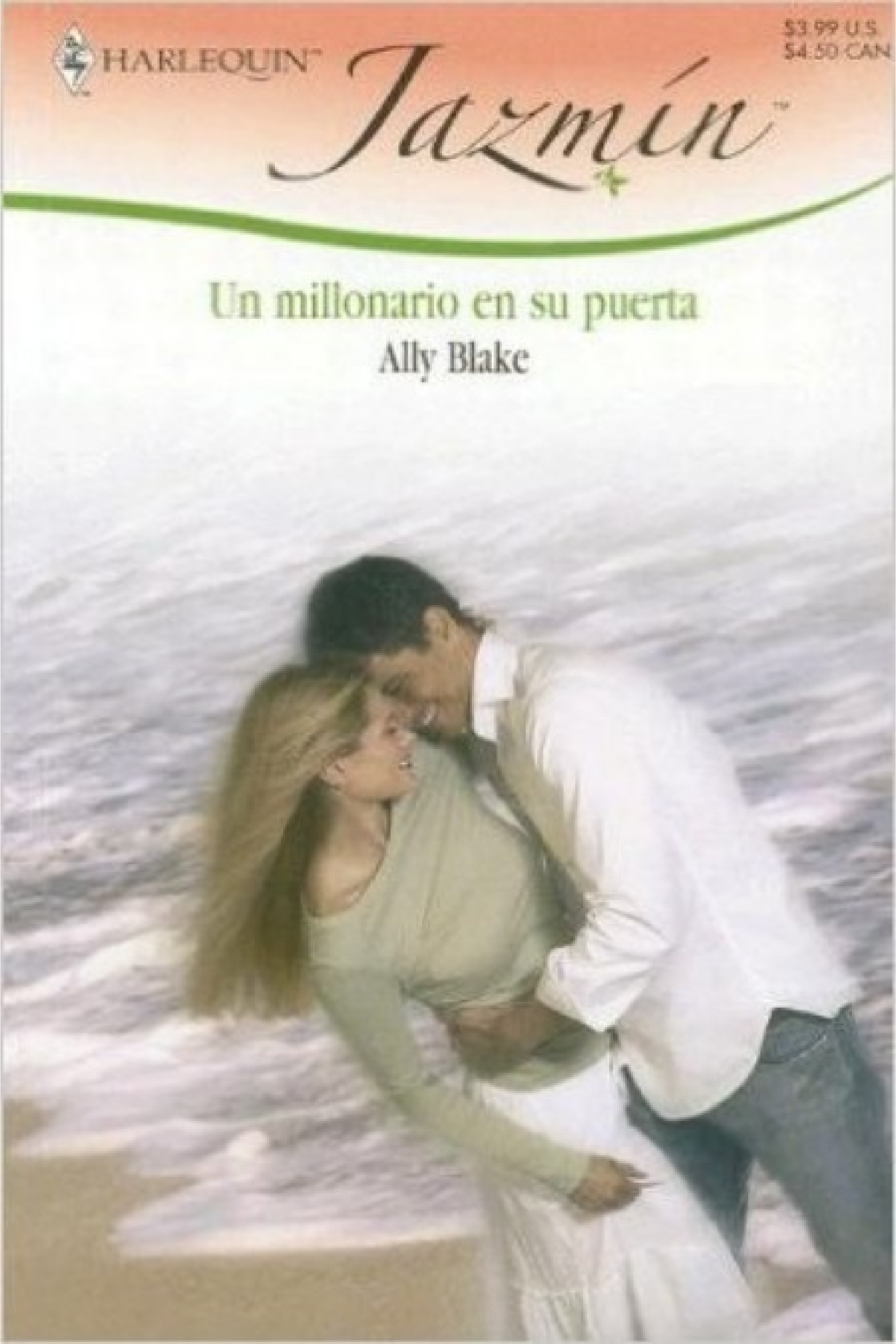

HARLEQUIN
$3.99 U.S.
$4.50 CAN
Jazmín
Un millonario en su puerta
Ally Blake

Un Millonario en su puerta

Ally Blake

Un millonario en su puerta (2007)
Título Original: Billionaire on Her Doorstep
Sello / Colección: Julia Nº2131 **Género:** Actual
Protagonistas: ***Tom Campbell y Maggie Bryce***

Argumento:

¿Encontrarían el amor en la mágica puesta de sol?

El multimillonario Tom Campbell había tenido que marcharse de aquella ciudad en la que habla demasiados recuerdos. Ahora estaba contento con el ritmo relajado del tranquilo pueblo de Sorrento, donde hacía pequeños trabajos y pescaba en el mar. Sin complicaciones.

Pero entonces llamó a la puerta de la destartalada mansión de Maggie Bryce y supo de inmediato que ambos necesitaban un poco de cariño y algunos cuidados. El misterioso encanto de Maggie cautivó el corazón del millonario y él no pudo hacer nada por evitarlo…

Capítulo 1

TOM Campbell cerró la puerta de su vieja camioneta de golpe, sin molestarse en usar la llave. No porque no le importase que se la robaran o porque en aquella zona residencial hubiera una empresa de vigilancia, sino porque no le hacía ninguna falta.

Los buenos ciudadanos de Portsea robaban con sus facturas como médicos, abogados o estrellas de fútbol, de modo que no necesitaban apropiarse de un viejo cacharro. Portsea era la zona de las vallas altas y las casas con pistas de tenis y piscinas diseñadas por famosos arquitectos.

Tom se colocó el cinturón de herramientas sobre las caderas, se echó una funda de almohada llena de trapos al hombro y atravesó la entrada de una de esas casas, con el nombre Belvedere grabado a fuego sobre una columna de madera.

Desde la entrada vio una pared blanca y un tejado gris, una combinación típica en las casas de verano de la zona. Lo raro era que, al contrario que otras propiedades en Portsea, Belvedere no tenía la hierba perfectamente recortada. De hecho, no estaba recortada en absoluto.

A través de la maleza vio una casa que parecía construida unos cincuenta años antes... por cinco arquitectos con visiones incompatibles. Tenía al menos tres pisos, pero cada uno construido de una forma. La mayoría de las persianas estaban cerradas y, por el óxido de los goznes, seguramente muchas no habían sido abiertas en siglos. El resto estaba escondido detrás de arbustos que llevaban años sin ser cortados.

Si el Ayuntamiento de Sorrento lo supiera, algún representante aparecería por allí en cinco minutos exigiendo la inmediata reforma de la casa para que la zona no perdiese de valor.

Las casas de Portsea estaban vacías la mayoría del año y no hacía falta más que cortar la hierba de vez en cuando. Como el «mani-tas» que era, Tom sólo hacía trabajos de ese estilo. Pero aquel sitio... le haría falta una buena mano de pintura. Y el jardín... no

sabría ni por dónde empezar. Era el sueño de cualquier jardinero. Y le diría todo eso a «Lady Bryce» en cuanto la encontrase.

Tom sonrió. Lady Bryce. Así era como las hermanas Barclay, las dos mujeres más viejas de Portsea, la llamaban porque aún no se había dignado a frecuentar su establecimiento.

Él tampoco la conocía, aunque la había visto conduciendo por Sorrento en un jeep negro, con enormes gafas de sol y una coleta, agarrándose al volante como si le fuera la vida en ello. Y cuando tuvo que decidirse entre trabajar para esa mujer o ir a pescar estuvo a punto de decirle que no. Pero, al final, no pudo hacerlo.

Podía imaginar a su primo Alex riéndose de él porque hubiera considerado siquiera la idea de abandonar a una damisela en apuros. Alex parecía creer que tenía una especie de complejo de caballero andante.

Mirando al suelo para no tropezar con las raíces y agachando la cabeza para no darse con las ramas, Tom se detuvo al ver una fantástica puerta doble de madera labrada. Una de las hojas estaba abierta, pero guardada por un perro marrón de buen tamaño y expresión seria. En el collar llevaba una placa que decía Smiley.

-Smiley, ¿eh?

El perro levantó la cabeza y parpadeó.

-¿La señora de la casa está por aquí?

Un estruendo, seguido de una serie de palabrotas muy poco adecuadas para una «lady», le dijo que la señora de la casa sí estaba por allí.

-¡Hola! -la llamó. Pero no hubo respuesta. Como no encontraba el timbre, Tom pasó por encima del melancólico perro y entró en la casa. Lo primero que vio fue una mancha oscura en la pared, la evidencia de que allí había habido un cuadro; un banco de madera cubierto de moho y de correo sin abrir y un helécho medio seco en una maceta.

Tom escuchó otra palabrota, ésta más suave que la anterior, y siguió el sonido de la voz femenina hasta llegar a una enorme habitación con suelos de madera que necesitaban un inmediato barnizado, pero con mucha luz porque no había cortinas en las ventanas. Desde allí, podía verse una panorámica fabulosa de Port Phillip Bay.

Tom no podía dejar de imaginar lo que haría con aquel sitio si pudiera. Durante el verano, con una cuenta inagotable en el banco, con su viejo equipo de trabajo al lado y una máquina del tiempo

que lo llevase diez años atrás...

El estudio estaba vacío. No había muebles, ni cuadros. Nada. Bueno, había un cable de teléfono, una lata de pintura, un paño gris en el suelo, varias estructuras planas cubiertas con tela, una vieja mesa llena de brochas y un caballete con una tela cuadrada pintada en varios tonos de azul.

Y, delante de todo eso, sin zapatos, en vaqueros, con una camiseta manchada de pintura y una bandana azul cubriendo su pelo rubio estaba la señora en cuestión.

-¿Señora Bryce?

Ella se dio la vuelta a tal velocidad que una gota de pintura roja cayó sobre la tela del cuadro.

-¡Qué susto! -exclamó. Tenía la voz ronca, la cara colorada y los ojos brillantes.

«Vaya, vaya», pensó Tom. «Es mi día de suerte». Porque Lady Bryce era un bombón. Ojalá su primo Alex estuviera allí. Le daría un codazo en las costillas y le diría: «Ésta es la razón por la que nunca te olvidas de una damisela en apuros».

-¿Quién cuernos es usted? -preguntó ella, que no parecía tan impresionada como Tom. Aunque aún había tiempo-. ¿Y qué está haciendo en mi casa?

Para Tom era evidente lo que hacía allí, ya que llevaba un cinturón lleno de herramientas. Pero la señora lo apuntaba con la brocha como si fuera un arma, así que decidió contestar:

-Soy Tom Campbell, su amistoso vecino manitas -contestó, para que no le tirase la brocha como una jabalina. Y luego sonrió, con esa sonrisa que lo había sacado de tantos apuros, y abrió los brazos para demostrar que no era un peligro-. Me llamó usted hace unos días para ver si podía venir a arreglarle... algo.

La mujer parpadeó. Varias veces. Largas pestañas moviéndose sobre sus altos pómulos... Unas pestañas larguísimas, pensó, especialmente para una mujer que seguía mirándolo con tanta desconfianza. Luego bajó la mirada hasta el cinturón.

-Ah, ya.

Tom respiró profundamente. Se había dejado afectar por las hermanas Barclay hasta el punto de pensar que aquella chica era una loca simplemente porque no había pasado por el establecimiento de esas dos cotillas.

Por el momento, lo único malo eran unas manchas rojas en el cuadro. Por ahora, sólo parecía un poquito antisocial. Y, desde

luego, nada impresionada con él.

-Tom Campbell, el manitas -repitió.

-Ah, bueno -ella movió inconscientemente la brocha entre sus dedos como si fuera el bastón de una majorette antes de volverse hacia la mesa de trabajo para meterla en un bote con aguarrás.

Luego volvió a mirar el cuadro y, al ver la mancha roja, soltó una palabrota. No, no parecía la clase de persona que se cortaba sólo porque tuviera compañía.

Tom tuvo que sonreír. Si las hermanas Barclay la oyesen, dejarían de llamarla «Lady» enseguida.

Caminaba con la elegancia natural de una bailarina de ballet. Su piel era casi transparente y la ropa le colgaba como si acabara de perder peso. Y era muy alta, más de metro setenta ocho. Tom se estiró todo lo que pudo para compensar. Él medía metro ochenta y cinco, pero por si acaso. Los ojos de la mujer eran grises, pero tenían unos puntitos azules, casi del mismo tono que los brochazos del cuadro.

Entonces se quitó la bandana del pelo. Fue un movimiento rápido, no hecho para impresionar a un hombre, pero a Tom lo impresionó. De hecho, esa sacudida de pelo le pareció muy excitante.

Pero quizá había sido un gesto premeditado; quizá eso era lo que le gustaba: llamar a trabajadores locales para darse un revolcón rápido... y tirarlos luego por el precipicio que había detrás de su casa, como una mantis religiosa. Quizá sus infrecuentes viajes al pueblo eran sólo para comprar palas y cal viva.

Maggie Bryce se dirigió a la cocina del estudio y, a pesar de sus absurdas sospechas, Tom la siguió. No había plantas, ni objetos de decoración, ni imanes en la nevera, ni las cosas que uno encuentra normalmente en una cocina. Según las hermanas Barclay, Maggie Bryce llevaba meses viviendo allí, pero nadie lo diría.

En cualquier caso, y aunque a él le gustaba cotillear en las casas de los demás como a todo el mundo, si no le decía en diez segundos por qué lo había llamado, se marcharía con viento fresco. Hacía un día maravilloso para pescar y seguro que los peces estaban deseando morder el anzuelo...

-¿Qué quiere que haga, señora Bryce?

-Maggie -contestó ella, echando café en la cafetera-. Lo que quiero es que me llames Maggie.

-Muy bien. Si tú me llamas Tom.

Ella alargó la mano para estrechársela. No era ni suave ni pequeña y la reacción que sintió al tocar aquella palma dura y llena de callos le hizo tragar saliva. Y pronto se encontró a sí mismo perdido en su perfume...

De todos los que podía haber elegido, llevaba el de Sonia Rykiel. Estaba seguro de que era ése. Unas Navidades, una bonita dependienta de unos grandes almacenes lo había convencido para que lo comprase como regalo para su hermana. Pero, considerando que Tess era una chica alegre, vivaracha y nada sofisticada, había sido una broma entre ellos que nunca usaría el perfume.

En Maggie Bryce, podría haber jurado que no sólo llevaba el perfume, sino que el aroma emanaba de los poros de su piel.

A pesar de las palabrotas y del aspecto bohemio, era una mujer encantadora. Y él también. De modo que la posibilidad de un romance entre ellos no era tan lejana. Claro que antes tendría que convencerla.

-¿Vives aquí sola?

-No estoy sola, tengo a Smiley. Supongo que lo habrás visto en la puerta.

-Ah, sí. Es una interesante variedad de compañía masculina, eso desde luego.

Ella sonrió, aunque Tom no pensaba que fuese capaz de hacerlo. No era una sonrisa abierta, alegre, sino más bien reservada, cauta.

-Yo prefiero a Smiley.

-Sí, claro. ¿Quién no?

Bien, había algunas mujeres para las que él no era su tipo. Aunque hubo un tiempo, en Sidney, cuando se le veía como un partidazo. Y ahora, en Sorrento, solían hablar de él como alguien inalcanzable. Pero nunca antes una mujer lo había mirado a los ojos como diciendo: «ni lo sueñes».

-No creo que Smiley pueda manejar una herramienta -dijo Tom.

-Lo sé. Y te aseguro que le he echado una bronca por ello.

Él soltó una carcajada. Porque bajo aquella fachada seria, había una mujer con carácter. Y nada le gustaba más que una mujer con carácter.

La cafetera había terminado de hacer su trabajo y ella se dio la vuelta para llenar dos tazas.

Las mujeres que vivían en Portsea entraban en dos categorías: las que jamás se fijaban en él porque no les interesaban los hombres y las que lo veían como una alternativa a sus aburridos maridos,

ricos en todos los casos.

Si ése era el problema, podría dejar caer al suelo una declaración de Hacienda... así, como quien no quiere la cosa, para que viese que no era tan pobre como podía parecer. Quizá eso la animaría un poco.

A menos, claro, que no fuera su tipo en absoluto. Ahora que lo pensaba, era muy alta y a él le gustaba pasar el brazo por los hombros de una mujer sin sufrir un tirón. Era demasiado clara, cuando a él le gustaba la sutileza. Demasiado fría, cuando él prefería que todo en su vida fuera más cálido. Sus días, sus noches, la mujer entre sus brazos durante esos días y esas noches... De modo que lo mejor sería dejarla en paz.

-¿Estás disponible para hacer trabajos que duren varios días?

-Trabajo para mucha gente. Me llaman por teléfono para arreglar esto o aquello... las hermanas Barclay incluso me llaman para cambiar las bombillas.

-De todas maneras, no creo que haya tanto que hacer.

Tom no estaba de acuerdo. Belvedere era un trabajo colosal si pretendía restaurar la casa a su antigua gloria. El techo de la cocina, para empezar, debería levantarse por lo menos un metro. Y si añadía un lucernario, parecería dos veces más grande.

-¿Qué clase de trabajo sería?

-No puedo bajar a la playa -contestó Maggie.

-¿Cómo?

-El jardín está hecho una jungla. Hay heléchos, hiedra y madreselva tan altos que no se ve nada... y me gustaría ver la playa desde el porche. Pero intenté cortar la maleza y es imposible sin una sierra mecánica.

-¿Desde cuándo vives aquí? -preguntó Tom, apoyando la cadera en la encimera.

-Vine hace seis meses de Melbourne. Venga, voy a enseñarte lo que quiero que cortes.

Maggie lo llevó hasta el porche de atrás y Tom comprobó que, efectivamente, había tal lío de ramas secas que no se podía ver la playa.

No sabía cuánto tendría que cortar para ver el acantilado o dónde empezaban los escalones que llevaban a la playa. Si había una playa detrás de todo aquello.

-Bonitos heléchos -bromeó entonces, señalando unas macetas llenas de heléchos secos.

-Venían con la casa. Pero habrás visto que lo mío no es precisamente la jardinería.

-Sí, me he dado cuenta. A lo mejor es una maldición.

Maggie sonrió. Sus ojos brillaron, sus mejillas se llenaron de color e incluso mostró los dientes, blanquísimos. Los tenía un poquito hacia delante y eso le daba un aspecto algo infantil. Que a Tom siempre le hubiera gustado ese detalle en una mujer no le pasó desapercibido.

-Puede que tengas razón -dijo ella entonces, los dientecillos desapareciendo tristemente cuando volvió a ponerse seria-. Espero que tú sepas algo de jardinería.

-Sí, claro. Soy un genio cortando malas hierbas -respondió Tom, bajando los escalones del porche para tocar la maleza-. Pero ahora ha llegado el momento de hacer realidad mi sueño... de usar un machete.

-Me parece muy bien. Y me alegro de poder hacer realidad tu sueño. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás?

-No lo sé, me haré una idea al final del día.

-Muy bien. Entonces te dejo -dijo Maggie-. Hay un cobertizo al otro lado de la casa. Supongo que allí habrá herramientas de algún tipo... aunque no creo que encuentres un machete.

-¿Ni machete ni pértiga? ¿Cómo has podido sobrevivir aquí? -bromeó Tom.

-Con una tremenda cantidad de café -contestó ella, pestañeando.

Tom estaba seguro de que intentaba decidir

si quería tenerlo por allí o no. Pero al verla sonreír de nuevo decidió que sí, lo quería.

Luego, sin decir una palabra más, Maggie Bryce volvió a la casa, llevándose con ella sus largas piernas y sus largas pestañas y dejándolo solo con su imaginación.

Capítulo 2

UNAS horas después, Maggie miró su taza de café jamaicano y descubrió que se había manchado de pintura. Suspirando, la llevó a la cocina y, después de dejarla en el fregadero, encendió la cafetera. Mientras esperaba, apoyó la espalda en la encimera y estiró el cuello. Le dolía el tendón sobre el hombro derecho. Si estuviera en Melbourne iría a Maurice para que le diese un masaje. Pero cuando estaba en Melbourne tenía dinero para pagar masajes. Allí, con la cuenta corriente casi a cero y sin saber si podría pagar el recibo mensual de la hipoteca, tendría que conformarse con una bolsa de hielo.

Maggie se volvió al oír ruido entre la maleza. Al principio pensó que sería Smiley explorando y luego recordó al extraño, a Tom. Se volvió y, de puntillas, miró por la ventana de la cocina. Pero debía de haberse ido a otro lado de la casa.

Cuando encontró el nombre de Tom Campbell en la guía de teléfonos de Portsea había esperado que fuera un hombre mayor, jubilado, que buscaba ganar algún dinero extra. Y había esperado que, después de echar un primer vistazo a aquella jungla, saliera corriendo.

Había estado preparada para esa eventualidad, preparada para entender eso como otra señal de que su experimento de vivir en la playa había terminado. Las otras señales eran la falta de dinero, no ser capaz de pintar nada que tuviera sentido y no haber visto ni la mínima señal de que aquel sitio fuera para ella.

Para lo que no estaba preparada era para ese Tom Campbell. Le había sorprendido que apareciera el día que había dicho y que fuese... como era. Un hombre de unos treinta y cinco años, con el pelo oscuro, un poco despeinado, y unos ojos pardos vibrantes de alegría. Era alto, ancho de hombros y parecía gozar de muy buena salud. Además, tenía una de esas sonrisas que puede derretir el corazón de cualquier chica. Y luego la había sorprendido mirando la maleza que envolvía su casa... y diciendo que podía hacer algo.

Ver aquel muro de treinta metros cubierto de madreselva, heléchos y hiedra habría hecho que cualquier otra persona saliera corriendo. El pobre debía de estar desesperado por ganar algo de dinero.

Maggie se mordió los labios. Estaba segura de que costaría un dineral cortar todo aquello que la separaba de... ¿de qué? ¿De las rocas? Quizá, con un poco de suerte, de un trocito de playa.

Pero si él podía hacerlo, también ella podía encontrar dinero para pagarlo.

Suspirando, Maggie se sirvió una taza de café, salió al porche y apoyó los codos en la barandilla. Entonces lo vio. Se había quitado el jersey y la camiseta gris, ahora cubierta de sudor, se pegaba a su torso mientras cortaba las ramas secas de la madreselva enganchada a la hiedra. El cinturón de herramientas estaba en el suelo, junto con una funda de almohada de la que sobresalía un paño.

Maggie sonrió. Había mucho que decir sobre un hombre que tenía tanta confianza en sí mismo como para llevar una funda de almohada al trabajo.

Smiley se acercó entonces y Maggie se inclinó para acariciarlo.

-¿Qué tal va todo, precioso?

Smiley la miró, casi con una sonrisa en los labios.

-Ya sé que no has tenido que usar muchas veces tu instinto de perro guardián, pero la próxima vez que un extraño entre en casa podrías avisarme, ¿no?

Smiley se tiró al suelo, sobre sus pies, y Maggie supo que ésa iba a ser la única respuesta.

Luego volvió a mirar por encima de la barandilla. Tom tardaría días en limpiar toda aquella maleza, incluso con una sierra mecánica. Y aunque el tipo se creía un conquistador y ella no tenía la menor intención de tontear con él, eso no era motivo para ser antipática.

Le llevaría algo de comer, decidió. Nada especial, un sandwich de tomate y lechuga, por ejemplo.

-Vamos dentro, Smiley. Yo también tengo hambre.

Diez minutos después, salía al porche con el primer bocadillo que había hecho para otra persona en seis meses. Incluso Freya, Sandra y Ashleigh llevaban su propia comida cuando iban a verla los miércoles. Afortunadamente. Porque un sandwich de tomate y lechuga era lo único que ella sabía hacer en la cocina.

-He pensado que te apetecería comer algo.

Tom se volvió, sorprendido.

-Ah, qué bien. Estaba muerto de hambre, gracias.

Maggie iba a darse la vuelta cuando vio que tenía la frente manchada de tierra. Pensó dejarlo así el resto del día, pero que esa

mancha estropeara su estética belleza masculina era demasiado para su mente de artista.

-Tienes tierra ahí... -murmuró-. En la frente. Tierra y hierba.

Él se encogió de hombros.

-No será la última vez. Ésta es la clase de trabajo que deja marca en un hombre. Como el tuyo -contestó, señalando sus pies.

Maggie descubrió que tenía los pies manchados de pintura y movió los dedos. Dedos a los que solía hacer la pedicura todas las semanas cuando vivía en Melbourne. Pero ahora tenía las uñas cortas y sin pintar, como una adolescente.

-Gajes del oficio.

-No está mal esto de poder ensuciarse. Al menos no tenemos que preocuparnos por la hipertensión o el estrés de la ciudad.

Maggie parpadeó. ¿Le apetecía charlar?

-No me interesa nada la hipertensión, pero echo de menos el estrés de vivir en una gran ciudad.

-¿Por qué?

-Sin tener una fecha tope que me mantenga concentrada, suele distraerme. Y echo de menos el ruido del tráfico por la noche. Aún no puedo dormirme antes de las dos de la mañana... Mi amiga Freya dice que debería darle las gracias al cielo por haber cambiado el humo de los coches por aire puro, pero yo no sé si es natural que una mujer adicta al café y al trabajo se haya transformado en una campesina de repente.

-Y a mí me pasó lo mismo cuando me vine de Sidney -sonrió Tom.

-¿Eres de Sidney?

-Sí, nací allí. Aunque llevo aquí algún tiempo y el sol y la sal marina han permeado mi piel para siempre. Pero dale tiempo, tú también te acostumbrarás.

Maggie se puso colorada. ¿Tan evidente era que el sol y la sal marina aún no le habían hecho efecto?

-¿Y en Sidney también te dedicabas a... esto?

-Más o menos. Me dedicaba a la restauración.

-¿De casas?

-Sí, al principio. Luego ampliamos la empresa y nos dedicamos a restaurar monumentos históricos.

-Hay muchos de ésos en Sidney. Pero aquí no -dijo Maggie-. ¿Por qué viniste a Sorrento?

-Solía venir aquí con mis padres cuando era pequeño. Y mi

primo Alex sigue viviendo en Rye.

-Pues por lo que yo he visto, la gente de aquí prefiere tirar una casa y construirla de nuevo que renovarla. Belvedere podría haber acabado siendo un montón de escombros si yo no la hubiera comprado. Así que no creo que haya mucho trabajo para ti.

-Eso da igual. Ya no me dedico a restaurar edificios.

-¿Por qué no?

-He cambiado mucho -contestó Tom, poniéndose serio-. Mi oficio, mi casa, mi estilo de vida. Después de la muerte de mi hermana Tess, decidí cambiar.

-Ah, vaya. Lo siento, sé que no es asunto mío...

-No importa. Para mí fue fácil tomar la decisión de venir aquí, aunque sabía que no habría trabajo de restauración.

Maggie no sabía qué decir. Nerviosa, iba a darse la vuelta...

-¿Quieres un consejo para dormir bien?

-Si crees que me ayudaría...

-Tienes que dejarte llevar por los sonidos del mar, las gaviotas, las olas golpeando la playa, las sirenas de los barcos... Y cuando lo hagas te preguntarás por qué no has vivido en la playa toda la vida.

-No creo que sea tan fácil.

-¿Sabes que hay gente que compra CDs con el ruido de las olas para dormir?

-Pues les deseo suerte.

Tom soltó una carcajada y Maggie sonrió también. Porque estaba empezando a entender que sus amigas tenían razón. Quizá aquel sitio, con su aire fresco y su olor a mar era el elixir para una larga y feliz vida.

Tom levantó una mano para secarse el sudor de la frente y, cuando la apartó, Maggie se encontró mirando un par de ojos pardos... en los había una ambigua invitación.

Y entonces, de repente, Tom dio un paso hacia ella.

Fue tan inesperado que Maggie dio un paso atrás y chocó contra uno de los escalones.

-Sólo iba a tomar el sandwich, te lo prometo.

-Ah, sí, perdona... es que estaba distraída pensando en mis cosas. Me suele pasar. Aunque también me dedico a mirarme el ombligo.

Luego volvió a entrar en casa, dejando el camino libre entre el hombre y su almuerzo.

Pero aun dentro lo oyó suspirar de contento mientras mordía el sandwich. Parecía feliz con su vida, pensó. Y eso le daba envidia.

¿Cuándo fue la última vez que ella había suspirado de felicidad?

Antes, en Melbourne, era famosa por sus retratos, pero lo único que podía producir ahora eran... manchas azules.

Incluso las cartas de Nina, su agente, en las que, sutilmente, le insinuaba que no podría seguir representándola si no producía algo y pronto, no la estimulaban para trabajar. Necesitaba algo, pero no sabía qué. Quizá la posibilidad de una playa desierta al final del precipicio...

Y para eso necesitaba a Tom Campbell. Y sus músculos. Y su actitud decidida. Y sus suspiros de satisfacción por un simple sandwich de tomate y lechuga.

Maggie respiró profundamente, asomando la cabeza en el porche.

-Si quieres más café, está en la cocina. Y lo mismo digo sobre el contenido de la nevera, puedes tomar lo que quieras.

Mientras entraba de nuevo en la casa, respirando el aroma de la madreselva, el café y la colonia masculina, tuvo que sonreír. Era curioso cómo una persona podía animarse gracias a las cosas más sencillas.

Al final de un largo y caluroso día cortando madreselva, hiedra seca, heléchos y todas las hierbas conocidas para el hombre, Tom se secó el sudor de la frente, metió los trapos en la funda de la almohada y encontró a Maggie en la esquina del enorme estudio, mirando la tela manchada de azul con la concentración de alguien que estuviera buscando respuestas a los misterios del universo.

Tom suspiró. Le dolía la espalda y tenía arañazos en los brazos. Estaba agotado, sucio y cubierto de sudor. En aquel momento cambiaría los misterios del universo por una buena ducha y una cerveza fría.

Cuando se acercó, vio que las manchas rojas de antes habían sido borradas. No, no borradas, sino difuminadas en el azul, dándole sombra y profundidad donde antes no la había.

Y también se dio cuenta de que Maggie estaba canturreando.

Tom soltó una risita y el sonido sobresaltó a Maggie.

-Ah, hola, no te había visto entrar.

-Ya he terminado por hoy. Pero tardaré por lo menos una semana... o dos. Ese jardín es una jungla. Y tenías razón sobre la sierra mecánica. .. ah, también necesitaré una biotrituradora y bolsas para guardar lo que quede.

-Pero yo no tengo nada de eso.

-No te preocupes, mi primo Alex tiene una ferretería en Rye, así que hablaré con él mañana.

-Me parece muy bien, haz lo que tengas que hacer.

-¿Estás segura?

-Sí, claro. Si quieres que te pague por adelantado...

-¿No quieres esperar a que te dé un presupuesto?

-No, bueno, creo que tengo dinero en casa -Maggie se acercó la encimera de la cocina, donde tenía el bolso, pero cuando lo abrió se puso colorada-. Ay, no, ayer me gasté lo que me quedaba en pinturas. Pero puedo darte un cheque.

-Me parece bien -Tom se aclaró la garganta-. Pero no hay prisa. No creo que vayas a escaparte. Sé dónde vives.

Para evitar aquel momento incómodo, Tom le guiñó un ojo, pero Maggie volvió a pestañear, como sorprendida, escondiendo los pies manchados de pintura en la tela gris que cubría el suelo.

Entonces vio una imagen de Tess riéndose de él por guiñarle un ojo y por sonreírle como un bobo mientras Lady Bryce lo miraba como si fuera una pelusa.

Y Tess tendría razón. El ardiente romance veraniego que había imaginado no iba a tener lugar. Porque Maggie olía a Sonia Rykiel. Y él olía a sudor. Ella era una chica de ciudad fingiéndose una chica de campo, y él era un chico de campo intentando fingir que nunca había tenido otra vida.

-¿Mañana a las diez te parece bien?

-A las diez, a las once, yo estaré aquí encadenada a este maldito cuadro -sonrió ella, apartando la mirada enseguida.

-Nos vemos mañana, Maggie.

-Hasta mañana.

Tom se dio la vuelta, salió del estudio, pasó por encima del perro y a través de las ruinas del jardín. Tenía la absurda impresión de que nunca olvidaría detalle alguno de su encuentro con Maggie Bryce... por mucho que quisiera.

Capítulo 3

ALA MAÑANA siguiente, a las diez en punto, Tom aparcó la camioneta frente a casa. Iba cargado de herramientas que le había prestado Alex.

Como el día anterior, Smiley levantó la cabeza al verlo y, en el interior, Lady Bryce estaba pintando.

Por la noche, había logrado convencerse a sí mismo de que la fuerte impresión que había causado en él era debida al olor de la pintura y el aguarrás. Pero al verla de nuevo, tuvo que admitir que, a pesar del evidente insomnio y la falta de muebles, era una mujer absolutamente encantadora.

Aquel día llevaba una camiseta de chándal amarilla con capucha y unos chinos marrones, y tenía el pelo sujeto en una coleta. Pero debajo de todo eso estaba la postura de una princesa.

Si a eso añadía el delicioso aroma de su colonia... y si bajara la guardia durante más de cinco minutos, sería una mujer de escándalo.

Pero cuando miró el cuadro vio las mismas manchas azules que había visto el día anterior. No parecía haber progreso alguno.

Él no sabía mucho de pintura, pero sí sabía que tenía que pasar algo, algo más que una fecha tope, para esa falta de inspiración.

Aunque Maggie era especial. Tenía que serlo. ¿No necesitaba compañía masculina, además de la del perro? ¿Y no necesitaba algo más que café? ¿Y los muebles? ¿No necesitaba muebles? ¿Por qué no tenía muebles?

Cuantas más preguntas se hacía sobre ella, más quería saber las respuestas. Por ejemplo, por qué era inmune a sus sonrisas y, sobre todo, por qué eso le importaba tanto.

-Buenos días, Maggie.

-Ah, buenos días. No te había oído entrar.

Tenía ojeras y, si no llevara un atuendo diferente al del día anterior, Tom habría podido jurar que no había dormido en toda la noche. Aunque las tres tazas de café que había sobre la mesa contaban otra historia.

-¿Has conseguido las herramientas?

-Sí. Lo tengo todo para cortar la maleza.

-Muy bien. ¿Quieres un café?

-Sí, claro.

-¿Has podido hacer un presupuesto?

Se pusieron de acuerdo en un tiempo, dos semanas, y en un precio que a los dos les pareció conveniente. Tom notó que Maggie abría mucho los ojos... aunque enseguida sacó una chequera del cajón.

-¿Qué tal si dejamo? eso para el último día? Yo creo que así las relaciones profesionales funcionan mejor.

-¿Por qué?

-Porque así tú me tratarás como a un amigo que te está echando una mano.

-Si estás seguro de que lo prefieres así...

-Sí, claro. Después de hacer el trabajo, intercambiaremos discretamente un sobre y un apretón de manos antes de salir a cenar o a jugar a los bolos.

Maggie volvió a abrir muchos los ojos. ¿Pensaba que estaba intentando ligar con ella? Tom se preguntó qué diría si la invitase a cenar directamente. Quizá una cena en su casa con otra pareja... Alex y Marianne siempre resultaban divertidos... cuando uno conseguía separarlos de sus cinco hijas.

Una cosa peluda rozó sus pies entonces.

-Smiley, venga -lo regañó Maggie. Pero Smiley no era tonto. Y podía hacerse el sordo como el mejor-. Lo siento. Podrías intentar darle un empujoncito...

Pero Smiley apoyó la cabeza y las patas delanteras sobre la bota de Tom, lanzando un suspiro de felicidad.

-Lo siento -volvió a disculparse Maggie-. Es que se pasa la mitad del día sobre mis pies. Tiene un aspecto un poco tristón, pero la verdad es que es un cielo de perro.

-No pasa nada.

Quizá invitarla a cenar no sería tan mala idea, pensó. Pero sin carabinas. Con velas, a la luz de la luna. En el porche de su casa. Calamares frescos, carne a la barbacoa... y una cerveza fría. O varias.

Maggie se acercó para inclinarse sobre Smiley.

-Quítate de ahí, pesado -intentó animarlo.

Tom tragó saliva. Tan cerca, no tenía duda sobre cuál era su perfume. Pero aquella mujer no era para él, pensó luego. Era una chica urbana, sofisticada, escéptica. Lo sabía bien, pero... ojalá sus impulsos fueran igualmente racionales.

Tom se tomó el café de un trago y se acercó luego a la cocina para dejar la taza en el fregadero.

-¿A qué hora quieres comer? -le preguntó Maggie.

-Cuando comas tú -contestó él.

Mientras bajaba al jardín, no miró hacia atrás. No hacía falta. Podía sentir los ojos grises clavados en su espalda.

El cuadro de Maggie no iba a ninguna parte. Y, considerando que se había pasado el día intentando hacer algo, eso era muy deprimente.

Cierto, no había pintado un paisaje en años; su talento estaba más bien en los retratos desde la primera vez que pintó uno para su padre, cuando tenía siete años, y hasta que empezó a estudiar en la Escuela de Bellas Artes.

Pero cuando llegó a Portsea no podía dejar de recordar ciertas caras que no tenía intención alguna de pintar. De modo que decidió probar algo nuevo, algo seguro: paisajes. Pero, por el momento, todos habían tenido el impacto emocional de una maceta.

Enfadada consigo misma y sin saber qué hacer, salió al porche. Tom estaba sentado en el suelo, afilando unas tijeras de podar. Tan tranquilo. El ruido de la piedra se mezclaba con el sonido del estéreo que tenía a su lado.

Ojalá ella pudiera estar tan tranquila, pensó Maggie. Lo había intentado, de verdad. Había salido a cenar con las chicas, hacía tai chi en el trozo de jardín que no parecía una selva. Pero después, lo único que le apetecía era ponerse a gritar para aliviar la tensión.

Freya había sugerido que la culpa la tenía su padre y que la hipnoterapia podría ayudarla. Maggie estaba segura de que el problema era que necesitaba las magdalenas de cereza y chocolate blanco que solía comprar en un café al lado de su casa, en Melbourne.

Pero allí estaba Tom, un tipo de Sidney con la parsimonia y la tranquilidad que ella no lograría nunca, ni siquiera después de un millón de años haciendo tai chi. ¿Cómo había logrado esa tranquilidad? Melbourne era una ciudad estresante, pero Sidney lo era diez veces más.

A menos, claro, que siempre hubiera sido así, un tipo tranquilo.

-Hola -la saludó él entonces.

-Hola. Había oído música...

-Espero que no esté muy alta.

-No, no, está bien. Me encanta esa canción. No la había oído

desde que era una cría.

Tom subió el volumen del estéreo.

-Me alegra que te guste.

-Yo antes siempre trabajaba con música -le contó Maggie. Aunque, normalmente, era música clásica-. A veces me ponía una pieza y la oía durante semanas sin parar mientras pintaba algún cuadro. Volvía loco a todo el mundo.

-Puedo prestarte este CD, si te gusta.

-Sí, bueno, la verdad es que ahora mismo necesito toda la ayuda que pueda -sonrió Maggie. Y era una canción muy bonita, evocadora.

-¿Tienes un iPod?

Ella negó con la cabeza. Lo había tenido una vez. Y debería habérselo llevado, pero... tenía tanta prisa, tanta rabia la noche que se fue de Melbourne. En lo único que pensaba era en marcharse.

Quizá la idea de comprar un estéreo no estaría mal. Podría comprar uno barato.

-¿Por qué necesitas ayuda? -preguntó Tom.

-Porque no me sale lo que busco... en fin, la verdad es que me resulta increíble haber dicho eso en voz alta. No suelo contarle a la gente que estoy bloqueada.

-¿Por qué no? Todo el mundo tiene derecho a pasar por un mal momento.

-Ya, pero una vez que lo has dicho, ya no puedes volver atrás. Es como si dijera que mi pintura es mala... sería como hacerlo realidad.

-Pues a mí me gusta.

-¿Mi cuadro? No te creo.

-Claro que me gusta. El azul es mi color favorito. Pero no sé qué estás pintando.

Maggie dejó escapar un suspiro.

-Es el último intento de una larga lista de... manchas azules. Y como te gusta tanto el azul, si lo quieres, es para ti.

-Muy bien. Pero sólo si acordamos que puedo quedarme con El gran azul a cambio de desbrozar esta jungla.

Maggie abrió la boca para discutir, para preguntar cómo iba a sobrevivir dos semanas si le pagaba con un cuadro, pero el diablillo que tenía sobre el hombro le gritaba que aceptase el acuerdo. Tenía muy poco dinero, aunque no quisiera admitirlo. Pero el ángel que tenía sobre el otro hombro le recordaba que eso no estaba nada

bien.

-O el cuadro o el dinero. No aceptaré las dos cosas -insistió Tom.

-Muy bien, de acuerdo.

-Pero aún no está terminado, ¿no?

-¿Cómo lo sabes?

-No te pasarías tanto tiempo mirándolo si estuviera terminado.

Maggie se encogió de hombros.

-Sí, bueno.

-Yo tengo dos semanas para recortar toda esta maleza, así que tú tienes dos semanas para terminar el cuadro.

-¿Dos semanas? Al paso que voy, creo que tardaré más bien dos años.

-Y si sigues tomando tanto café, podrían ser cuatro. Tienes que dormir un poco, Maggie. Además, yo seguiré aquí dentro de dos años. Si eso es lo que tardas en acabar el cuadro, tendré que esperar...

Maggie parpadeó. Imaginar dónde estaría en dos semanas ya era difícil, pero ¿dos años? Dos años atrás ella vivía en otro planeta, era otra persona. Dos años atrás era la pintora más famosa de Melbourne y vendía más que ningún otro artista australiano. Además, estaba felizmente casada... o eso había pensado.

Con un suspiro que no era precisamente de contento, Maggie se volvió para dirigirse de nuevo hacia la casa.

-¿Vas a buscar alguna distracción? -le preguntó Tom, con un brillo travieso en los ojos.

-Siempre lo hago. ¿De verdad crees que podría terminar ese cuadro en dos semanas?

-Una vez alguien me dijo que no hay nada como una fecha tope para encontrar la inspiración.

Maggie sonrió y volvió a la casa canturreando la canción que sonaba en el estéreo.

-No sé por qué le das tantas vueltas. Es genial.

Maggie parpadeó de nuevo al ver que Tom se dirigía hacia ella con una taza de café en la mano.

-¿Perdona?

-El gran azul. Yo creo que el cuadro va estupendamente. De verdad me gusta... sí, éste va a quedar muy bien en la pared de mi cuarto de baño.

Maggie rió y tosió a la vez.

-Si de verdad piensas poner mi cuadro en el baño de tu casa,

Tom Campbell, no hay trato.

-Muy bien, de acuerdo. Aunque allí lo disfrutaría más gente que en cualquier otro sitio de la casa.

-En realidad, me alegro de que mi agente no vaya a ver éste.

-¿Tienes un agente?

-¿No sabías que tengo talento? -bromeó ella.

-Perdón, perdón. Claro que sí. Pero es que vienen pintores aquí todo el tiempo... En verano pintan la playa, el puerto... ya sabes. Pero no son profesionales -sonrió Tom-. O sea, que has vendido cuadros.

-Sí, claro -contestó Maggie, jugando con la brocha como había hecho el primer día, como si fuera un bastón de majorette.

-Tienes que enseñarme a hacer eso.

-Es fácil.

-No creas, para mí es físicamente imposible. No puedo mover los dedos tan rápido.

-Tonterías -dijo ella, colocando la brocha entre sus dedos-. Sólo tienes que girarla así... ¿ves?

Después de girarla, lanzó la brocha al aire y la atrapó por la espalda.

-¡Pero bueno...! Veo que muchas horas libres producen formas de arte que no tienen nada que ver con la pintura.

-Desde luego -rió Maggie.

-Bueno, me voy. Ya he terminado por hoy.

-Hasta mañana.

-Y no discutas, pero mañana invito yo a comer.

-¿Quién está discutiendo?

Cuando Tom salió del estudio, Maggie respiró profundamente. No se había percatado de que, desde que él entró, no había respirado del todo.

Pero ni su taza vacía de café ni la brocha eran la razón por la que pensaba en él cuando se iba a dormir.

Capítulo 4

TOM iba girando las llaves entre los dedos mientras se acercaba a la puerta de su casa. Y luego se dio una vueltecita que habría hecho morirse de envidia al mismísimo John Travolta.

Una vez dentro, tiró las llaves en una bandeja de madera sobre la antigua mesa del pasillo e, inmediatamente, pensó en el banco de madera que hacía de mesa en la cocina de Maggie.

Maggie. Una mujer muy interesante. Lista, rápida. Profunda como un pozo. Y divertida. Lo último que habría esperado de ella era que fuese divertida.

Tom entró en el salón, con su sofá de cuero oscuro, las mesas de caoba, los brillantes suelos de madera y su colección de arte.

Muy diferente del estudio de Maggie, sí. Ya no vivía en una exclusiva zona de Sidney y ahora trabajaba como manitas en lugar de ser

el presidente de una multimillonaria empresa de restauración, pero eso no significaba que no pudiera rodearse de cosas hermosas.

-Buenas noches.

La sombra de un hombre en su estudio, delante del ordenador, hizo que Tom diera un salto.

-¡Alex! Qué susto me has dado, idiota.

-Lo siento. Ya sabes cómo es esto. Se nos ha caído Internet y necesitaba hacer un pedido. Espero que no te importe.

-Claro que no. ¿Quieres una cerveza?

-No, gracias.

-¿Por qué no has ido a tu casa a hacer el pedido?

-Porque Dora está estudiando música y ahora le ha dado por aprender a tocar... la trompeta.

Tom soltó una carcajada. Estaba seguro de que aquel pedido no era tan urgente.

-¿Qué tal con Lady Bryce? ¿Cómo es, una reclusa o una mujer sofisticada como dicen las hermanas Barclay? ¿Necesitas la sierra mecánica para el trabajo o es que no te fías de ella?

-Nada de eso. Es una chica muy simpática.

-¿Una chica muy simpática? ¿No me digas que te gusta?

Tom estuvo a punto de negarlo, pero eso, con Alex, no tendría sentido. El pobre vivía en una casa llena de mujeres. Incluso las

mascotas de las niñas eran hembras.

-Pues sí. Mi jefa es una señora muy interesante.

-No me digas que está buena.

-Pues sí, lo está. Además, es... especial.

-Ya veo.

-Le he hablado de Tess -dijo Tom entonces.

-¿Y eso? -preguntó su primo, sorprendido.

-No lo sé.

-¿Te recuerda a Tess?

-No, no. Es muy elegante... parece una bailarina y Tess era un chicazo. Pero Maggie es pintora, y ya sabes que a Tess le encantaba el arte. A lo mejor es por eso por lo que la mencioné. Aunque no sabes qué lengua tiene. Y puede ser muy sarcástica. A Tess le habría encantado, desde luego.

Tom seguía echando de menos a su hermana todos los días. Y seguramente seguiría siendo así durante el resto de su vida.

-¿Cómo se llama de nombre? -preguntó Alex.

-Maggie.

De repente, Alex se dio la vuelta y empezó a teclear furiosamente.

-¿Qué haces?

-Buscarla en Google.

-Oye, no deberías...

-Mira, según Google, Maggie Bryce es una chica de trece años que hace surf en Canberra o un jinete irlandés de noventa y cuatro años. Podría añadir sarcástica e interesante como datos para la búsqueda, pero no creo que eso diera resultado.

-¿Puedo? -preguntó Tom, señalando su silla.

-Sí, claro. Esto es muy divertido.

-¿Ah, sí? Tienes que salir más.

-Dímelo a mí.

Tom añadió «pintora de Melbourne» en la barra de búsqueda y enseguida la encontró. Había fotografías suyas de cuando era una adolescente, sonriendo a la cámara mientras mostraba un premio... ¿el premio Archibald?

Tom asintió con la cabeza. No había duda, era ella. La sonrisa de oreja a oreja era algo que no había visto todavía, pero era Maggie.

-El premio Archibald es muy importante, ¿no? -preguntó Alex.

-El más importante de Australia -contestó Tom.

Luego siguió buscando y encontró fotografías de ella vestida con

vaqueros y camiseta, con manchas de pintura en la cara mientras daba clases a unos niños. De nuevo, estaba sonriendo de oreja a oreja.

-¿De qué estás hablando? ¿Interesante? Es guapísima.

Guapísima. Ésa era la palabra que había estado buscando. Nada de «está buena». Maggie Bryce era guapísima.

Tom siguió buscando fotografías y encontró varias de una exposición en Armadale. La galería en la que había expuesto sus cuadros los vendió todos por un precio astronómico.

Llevaba un corte de pelo muy elegante, por encima de la barbilla. Y un traje negro que la hacía parecer aún más alta y más delgada, pero con más curvas que ahora.

En esas fotografías, sin embargo, no estaba sonriendo. Sus ojos parecían tristes. El brillo que los hacía parecer casi azules había desaparecido del todo.

En algunas de las fotografías aparecía con un hombre de pelo cano... escuchándolo atentamente o poniendo una mano sobre su brazo. Y eso hizo que Tom apagase el ordenador.

-¿Qué haces? -exclamó su primo. -Ya está bien. Ya has visto cómo es y ya sabes a lo que se dedica.

-Y ahora sé por qué te tiene tan nervioso -rió Alex-. La famosa pintora te trata como si fueras un simple manitas de pueblo, ¿eh?

Tom se pasó una mano por la cara.

-Porque soy un simple manitas... para ella.

-¿Le has contado lo que solías hacer antes?

-Sí, bueno, le he dicho que me dedicaba a la restauración de edificios antiguos, pero no hemos entrado en profundidades.

Tom nunca había escondido el hecho de que tuviera dinero. Todos los que lo conocían lo sabían perfectamente y les parecía una broma que viviera como lo hacía. Pero tampoco iba por la calle con un megáfono, anunciándolo a los cuatro vientos.

-Estoy seguro de que con la pequeña Maggie Bryce, el gran presidente, el famoso ejecutivo de la restauración está deseando salir a la superficie.

-No es pequeña, es más alta que tú. Además, sólo estoy haciendo un trabajo para ella, nada más.

Alex le dio una palmadita en la espalda. Él sabía mejor que nadie que la razón por la que había convertido Restauración Campbell en un éxito fenomenal era ganar dinero para pagar el mejor tratamiento médico para Tess.

-Y cuando termine el trabajo, Maggie sólo será otra cara más.

Pero si Alex supiera que el precio por hacer ese trabajo era un cuadro lleno de manchurrones azules, se reiría hasta que la cerveza se le saliera por la nariz.

A la mañana siguiente, un estruendo en la entrada señaló la llegada de Freya, Sandra y Ashleigh, las chicas del miércoles. Irritado por el ruido, Smiley entró en la casa y buscó refugio en la parte de atrás.

Sandra, la más joven del grupo, llevaba coletas y botas militares.

-Buenos días. Sentimos llegar tarde, pero la culpa es de Freya.

Freya, una madre soltera con dos gemelas, entró después. Era pelirroja, de pelo corto. Y llevaba en la mano una cesta llena de comida.

-¡Léelo o no lo leas, me da igual! -estaba gritando a Ashleigh-. Siempre estás hablando de la dominación masculina en la creación de la religión moderna, y este libro dice exactamente lo mismo.

Freya, que llevaba en la mano una copia de El código Da Vinci, señalaba a Ashleigh, la antigua profesora de arte de Maggie, patrona del grupo y la mayor de todas. Aunque con el pelo rubio platino y los vestidos de colores siempre había parecido una persona sin edad definida.

Ashleigh sonrió, tan serena como siempre.

-Ah, veo que estás trabajando, cariño. No está saliendo nada mal, ¿no?

Maggie no estaba de acuerdo.

-¿Vino para todo el mundo?

-Sí, por favor -contestó Freya.

-Yo también -dijo Sandra, encendiendo un cigarrillo-. ¿Qué es? -preguntó luego, señalando el cuadro.

-No tengo ni idea -contestó Maggie-. Pero ahora por lo menos tiene un nombre: El gran azul. Y, por favor, fuma fuera.

-Bueno, está bien -suspiró Sandra, saliendo al porche-. Pero somos unos apestados, no hay derecho.

-¿Tú recuerdas cuando éramos tan jóvenes? -suspiró Maggie.

-Yo nunca he sido tan joven -contestó Ashleigh.

-Bueno, ¿en qué estás trabajando exactamente? -preguntó Freya, saliendo de la cocina con varias copas de vino.

-En eso -contestó, Maggie, señalando el cuadro.

-Ah, ya. Pero es un paisaje.

-Es un paisaje, sí. Estoy probando algo nuevo.

-¿Y tú crees que es buena idea?

Ashleigh debió de fulminar a Freya con la mirada, porque su amiga se puso colorada.

-¿Qué pasa? Que tú disfrutes siendo una artista torturada no significa que otras personas no puedan contentarse ganando dinero con la pintura. Que Maggie pinte paisajes sería como... como si un autor de libros infantiles de repente decidiera escribir novela erótica. Es muy arriesgado.

-Me parece que no tengo elección -suspiró Maggie-. No me sale ningún retrato.

Sabía que Freya no la entendería porque para su amiga el arte siempre había sido un trabajo de nueve a cinco. Para Ashleigh y para ella no. Ellas creían en algo mágico. En el arte como una forma de expresarse, de expresar los sentimientos, buenos o malos. Y por eso era tan horrible cuando una se bloqueaba.

-¡Pinta eso! -exclamó Sandra, señalando el jardín.

-Oh, no.

Antes de que Maggie pudiera evitarlo, las tres mujeres estaban en el porche.

-¡Eso sí que es nuevo! -exclamó Ashleigh.

Tom estaba manejando la sierra mecánica con las piernas separadas. Los vaqueros abrazando sus poderosos muslos, el pelo oscuro despeinado y los brazos cubiertos de sudor...

Sandra suspiró elocuentemente y Maggie tuvo que admitir que era una imagen gloriosamente masculina.

-Es Tom Campbell. ¿Qué hace aquí? -preguntó Freya.

-Está cortando toda esa maleza para que esta casa parezca una casa de verdad.

-Eso podrías haberlo hecho tú.

-¿Yo? ¿Me imagináis a mí con una sierra eléctrica? Pero si no sé cómo usar el horno...

-Maggie, pensé que estábamos de acuerdo en que debías reencontrarte contigo misma y con tu arte -la regañó Freya-. No encontrándote con un... cachas.

«¡Pero si no me concentro en nada!», habría querido gritar Maggie. «Me siento tan desconectada de todo, de mi vida, de mi casa».

-Así que está cachas, ¿eh, Freya? -rió Sandra-. ¿Qué sabes de él, Maggie?

-Lo que yo sé -la interrumpió Freya- es que el verano pasado

salió con esa americana divorciada que le contaba a todo el mundo que había conseguido la casa Mornington en el divorcio y estaba desando venderla para volver a California.

-Bueno, pues muy bien, salió con una mujer y el asunto no salió bien -suspiró Sandra-. Eso nos ha pasado a todos. Además, la mayoría de la gente que vive aquí está divorciada. Maggie, por ejemplo.

-Y al menos ella no tiene intención de vender la casa y volver a Melbourne cuando Cari firme los papeles -añadió Freya.

Maggie no dijo nada.

Estaban de muy buen humor y pensó que si les contaba la verdad sobre su situación económica sería muy desagradable. Aquel día sólo quería tomar una copa de vino, comer algo y reírse un poco. Estaba demasiado cansada para otra cosa.

-Bueno, pues ahora que sabemos que Tom es soltero, ¿quién se atreve a decir que Maggie no se merece un romance?

-¡Sandra! -exclamó Freya.

-Estoy segura de que Maggie lleva un siglo sin... bueno, ya sabéis. ¿Has conocido a alguien en todo este tiempo, Maggie?

La respuesta era conocida para las tres. Ella nunca había tenido aventuras. Había sido una buena hija, una buena novia y una buena esposa. Y había sufrido decepciones en todos los campos. Y hasta que alguien pudiera prometerle que un romance acabaría bien, pensaba seguir como estaba.

-Estoy aquí para trabajar, señoras. No para divertirme.

-Pero él está aquí, deberías aprovechar...

-No debería aprovechar nada. Final de la discusión -la interrumpió Maggie-. Bueno, a ver, vamos a hablar de otra cosa. ¿En qué estamos trabajando esta semana?

Tom apagó la sierra. El sol primaveral golpeaba su espada y le dolían todos los músculos del cuerpo, incluso algunos que no había sentido nunca. Sudaba tanto, que deseaba haber limpiado el camino para bajar a la playa y darse un chapuzón.

Pero, a pesar de las ramas que había entre él y el mar, se sentía bien. Contento consigo mismo. Y hambriento.

Le sorprendía que Maggie no hubiera bajado a llevarle un sandwich o un café. O con alguna excusa para charlar.

¿Qué estaría haciendo? A lo mejor las musas habían acudido en su ayuda y estaba trabajando en el cuadro, pensó, mientras subía los escalones de dos en dos.

-¡Maggie, tengo fetuccini en la nevera! ¡Prepárate para...!

No terminó la frase al ver que había cuatro mujeres en el estudio. Cuatro mujeres y todas mirándolo.

-Buenas tardes, señoras -las saludó, un poco cortado.

-Hola, Tom. ¿Qué hora es? ¿No me digas que ya es la hora de comer?

-Eso me dice el estómago.

Una especie de mujer fatal con coletas y botas militares se acercó a él entonces.

-Hola, soy Sandra Klein.

-Tom Campbell, encantando de conocerte.

-Perdona, no os he presentado -se disculpó Maggie.

Después de hacer las presentaciones, las tres mujeres lo miraron aún con más interés.

-¿Quieres comer con nosotras? -preguntó Freya.

-No, sólo iba a parar cinco minutos. Hay mucho trabajo que hacer. Voy a sacar la pasta de la nevera y luego seguiré con lo mío. Pero gracias.

-Como quieras.

-Encantado de conoceros.

-Lo mismo digo -sonrió Sandra, coqueta.

Tres horas después, Tom oyó risas en la parte delantera de la casa.

-Dale un beso a las niñas de mi parte -oyó que decía Maggie.

-Claro que sí -contestó Freya.

-Y acuérdate, tienes que averiguar si tu nuevo amigo es un manitas en todo -oyó que decía Sandra, la más joven.

Tom se mordió los labios para no soltar una carcajada.

-Venga, chicas -las llamó Ashleigh-. Nos espera muestro carruaje.

Unos minutos después, Maggie se dio la vuelta y... se encontró de cara con él. Pareció que iba a acercarse, pero no lo hizo, como si algo la detuviera.

Tom la saludó con la mano y ella hizo un gesto con la cabeza antes de volver a la casa. Y durante el resto de la tarde, Tom tuvo que recordarse a sí mismo que estaba allí para trabajar, no para tomar café y charlar con la dueña de la casa.

Aunque le gustaría saber si él era la razón por la que Maggie Bryce se había puesto colorada.

Capítulo 5

EL VIERNES, a las ocho, Maggie no estaba en su sitio de siempre, delante del cuadro.

Tom se acercó al pie de la escalera, pero no se atrevió a subir. No sabía lo que había arriba. ¿Enormes dormitorios de techos altos o cuartos diminutos necesitados de renovación? Quizá algún día Maggie le dejaría verlo. Quizá habría un ático fabuloso... Tom miró hacia arriba, pero todo estaba a oscuras.

No había encontrado la oportunidad de pedirle que cenase con él. Por ahora, lo único que había conseguido era un tonto «a mí me gusta el cuadro».

«Bien hecho, Romeo».

Tom se puso a silbar, mirando alrededor. ¿Dónde estaba Maggie?

Luego miró El gran azul, buscando un paisaje y entonces, de repente, notó que un rostro lo miraba desde la tela.

Le dio tal susto, que tuvo que dar un paso atrás.

Pero en cuanto parpadeó la imagen había desaparecido.

El cuadro, de nuevo, no era nada más que un montón de manchas azules. Tom volvió a dar un paso atrás, restregándose los ojos con las manos. ¿Estaría empezando a ver visiones?

El sonido de unos pasos anunció entonces la llegada de Maggie.

-Hola.

-Hola, Tom.

-Oye, ¿estás segura de que este cuadro es un paisaje?

-No, es un bodegón de manzanas azules.

-Ah, qué graciosilla. La cosa es... no sé, me ha parecido ver un rostro ahí.

-Un rostro -repitió ella.

-Sí, una cara. O a lo mejor me estoy volviendo loco en tu maldito jardín, no sé.

-¿Por qué crees que me ha costado tanto encontrar a alguien que quite la maleza? -preguntó ella, pasándose una mano por el cuello.

-¿Te encuentras bien?

-¿Eh?

-Que si te encuentras bien. Parece que te duele el cuello.

-¿Qué pasa con mi cuello?

Tom soltó una carcajada. Nunca encontraría valor para pedirle que saliera a cenar con él. Nunca había conocido a nadie tan difícil.

-No has dejado de tocarte el cuello desde que entraste.

-Sí, bueno, no pasa nada, estoy bien.

-Ya -sonrió él. Ni bajo tortura le diría que le dolía algo-. En fin, había venido para decirte que me marcho.

-Muy bien -dijo Maggie, pensativa-. O podrías quedarte a tomar una cerveza.

Quizá porque quería saber si lo de la cerveza era de verdad, ya que no le habría sorprendido nada que no tuviese ni leche en la nevera, o quizá porque la idea de tomar una cerveza fría era muy apetitosa con aquel calor, Tom aceptó.

-¿Por qué no sales al porche? Allí hace más fresco. Yo voy enseguida.

-Muy bien.

Maggie fue a la cocina para sacar una cerveza de la nevera... y para meter la cabeza un rato y disfrutar del fresco. Encontró la cerveza escondida entre un montón de cosas que había comprado el día anterior, cuando recibió una carta del banco diciendo que había llegado una transferencia por los derechos de propiedad intelectual de un calendario británico que había publicado un par de retratos suyos.

El dinero era suficiente para pagar el recibo de la hipoteca, de modo que debería haberlo enviado directamente a esa cuenta para estar tranquila ese mes. Pero ¿de qué valdría otro mes igual?

De la charla que había tenido con sus amigas el día anterior, uno de los comentarios de Freya se le había quedado grabado: debía conectar consigo misma. Y el dinero de ese calendario era una señal; había llegado el momento de dejar de esperar. Había llegado el momento de romper con las viejas costumbres.

Era como Sandra y sus cigarrillos, como Freya y sus gustos exquisitos con la comida. Como Ashleigh y la multitud de texturas que solía ponerse cada día. Esas cosas las ayudaban a ser las artistas y las personas que eran. Sandra dibujaba comics, Freya pintaba bodegones y Ashleigh era profesora de Arte. Y ninguna de ellas estaba cerrada a nada que la vida pudiera ofrecer.

Ella, sin embargo, a sus veintinueve años jamás había probado una cerveza. Moviéndose en círculos artísticos, solía tomar vino o, por las noches, vodka. Si iba a empezar a dejar atrás viejas

costumbres, debería probar la cerveza, se dijo. Además, beber con alguien siempre era más divertido.

De modo que tomó un par de botellas. Pero antes de salir al porche miró a Tom desde la ventana de la cocina. Estaba sentado en el banco, con un pie sobre la barandilla, masculino, magnífico, pausado.

Curiosamente, a ella siempre le habían gustado los hombres elegantes, con traje de chaqueta. Hombres como su padre, un ejecutivo que viajaba mucho y que, un día, sencillamente, no volvió a casa. Pero eso no había evitado que cayera en brazos de hombres como él durante toda su vida. Hombres que decían las cosas que ella quería oír y que luego, al final, la defraudaban.

De todas sus malas costumbres, ésa era la que más decidida estaba a romper.

Maggie tomó las cervezas con una mano y una bolsa de patatas fritas con la otra y salió al porche, decidida.

-Aquí estoy -anunció.

Tom se volvió con una sonrisa en los labios que ella sintió en el bajo vientre. Pero no era por eso por lo que lo había invitado a quedarse. No, no podía ser por eso. Necesitaba un compañero para tomar una cerveza y él... él había estado trabajando mucho.

Tom tomó su cerveza, sus dedos rozando los suyos al hacerlo, y a Maggie se le doblaron las rodillas. Nerviosa, dejó su botella sobre una mesita que había encontrado en el porche cuando compró la casa y abrió la bolsa de patatas.

En realidad, todo lo que había allí era «encontrado». Todo salvo la cama, que había comprado en Melbourne, enorme y ridiculamente lujosa, con sábanas de algodón egipcio.

Había esperado dormir bien así. Pero, por el momento, el asunto no estaba funcionando. Quizá si compraba un estéreo y ponía algo de música...

-Ah, qué fresca -murmuró él, después de tomar un trago de cerveza.

Maggie también tomó un trago.

-Sí, está bien.

-Tus amigas son un grupo muy interesante.

-Espero que no te molestasen.

-¿A mí? No, fueron muy amables.

-¿Ellas, amables? Nunca. La amabilidad es sólo una máscara para la gente que no se atreve a decir las cosas a la cara, y mis

amigas lo dicen todo... hasta lo que no deberían decir.

Tom parpadeó. Y Maggie pensó entonces en lo amables que habían sido el uno con el otro desde ese día. Recordaba los «gracias», los «buenos días», los «hasta mañana, Maggie», «hasta mañana, Tom».

-Me parece que a la pelirroja no le gusté nada. ¿Por qué? ¿Algún día la adelanté en la carretera o algo así?

-Lo dudo. Aunque Freya es ferozmente protectora con todas nosotras... Por eso debiste de pensar que no le gustabas. Al fin y al cabo, habías invadido el sancta santorum de las mujeres. No te lo tomes como algo personal.

-Muy bien. Me gustó conocer a Ashleigh Caruthers. No sabía que viviera aquí.

-Ashleigh es la razón por la que compré esta casa.

-¿Ella te ayudó a encontrarla?

-No. Este enorme elefante blanco fue cosa mía. Hace dos años decidí comprar una casa de verano en Portsea porque... en fin, era una reacción por algo que estaba pasando en casa. Ésta fue la primera que me ofrecieron y la compré sin verla.

-¿Siempre eres tan espontánea?

Maggie se encogió de hombros.

-Tengo mis momentos. Curiosamente, comprar esta casa y venirme a vivir aquí fueron dos de los más sorprendentes.

-Ya. Esperaba que fueras una persona de carácter impetuoso.

¿Esperaba? Debía haber querido decir «imaginaba».

-Habíame de Sandra -dijo Tom entonces.

-¿De Sandra? Es tremenda, ¿verdad? Pero es demasiado joven para ti.

-Oye, que yo no... ¿y qué edad crees que tengo?

Maggie inclinó a un lado la cabeza, examinándolo en silencio.

-No sé... si digo que unos cuarenta seguramente me tirarás la cerveza a la cara -contestó por fin-. Y si digo que tienes veintinueve, como yo, te echarás a mis pies. Así que, entre una y otra edad.

-Has acertado. Pero no tengas miedo, Maggie, nunca te tiraría una cerveza a la cara. Tengo demasiada sed.

-¿He elegido una buena?

-Es estupenda -contestó él, moviendo la botella.

-¿De verdad?

-De verdad. Es buenísima.

-Ah... estoy empezando a preguntarme si debajo de ese aspecto

de hombre tranquilo bebedor de cerveza no se esconderá un chico martini.

En realidad, le gustaba la idea de que Tom fuese un bebedor de cerveza y no de martini o de vodka. Le daba una cualidad más... real, más masculina incluso. Especialmente ya que, por primera vez desde que llegó a Port-sea, disfrutaba tomando una cerveza como lo haría cualquier otra chica de su edad.

-¿Se puede saber qué es un chico martini?

-Un nombre que lleva vaqueros Diesel y unos mocasines de doscientos dólares para desbrozar el jardín -sonrió Maggie, señalando sus zapatos.

Por un momento, le pareció que Tom se ponía colorado.

Pero ella sabía mejor que nadie que la ropa no hacía a un hombre. Un tipo con un estupendo traje de chaqueta de Armani podía ser el mayor villano del planeta. Y con el dinero que ella ganaba vendiendo un solo retrato, podía comprar accesorios de Salvatore Ferra-gamo, los más caros del mundo. Pero eso no significaba nada. Eso no decía nada de una persona.

-Un chico martini es alguien a quien le gustan las cosas buenas de la vida.

-¿No le gustan a todo el mundo?

-Si, bueno, me refiero al buen vino, la langosta, el caviar... nada de patatas fritas en una bolsa. Además, como te gusta tanto El gran azul, ya ha quedado claro que te interesa el arte.

Tom la miró de arriba abajo. Y, por el calor de su mirada, quedaba bien claro qué estaba apreciando en aquel momento. Pero cuando la miró a los ojos, su mirada era burlona.

-No, a mí me gustan las patatas fritas.

Maggie soltó una carcajada.

-¿En serio?

-Y hace mucho tiempo que no pruebo la langosta.

-Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora que tu amable jefa te ha dado el fin de semana libre?

-Pescar.

-¿En un barco?

-Quizá. O en el muelle. En esta época del año se pueden pescar calamares desde allí.

-¿Y luego qué?

-Luego... seguiré pescando. Y si pesco algo, y si los peces son suficientemente grandes, los limpiaré, les quitaré las espinas los

meteré en una olla y...

-No, quería decir qué más vas a hacer, además de pescar. Este fin de semana hará sol y no tienes que usar la sierra mecánica.

-¿Qué haces tú cuando no estás pintando?

Maggie se quedó callada. Porque la verdad era que desde que llegó a Portsea no había hecho prácticamente nada. En Melbourne visitaba las galerías de arte, iba a fiestas, daba entrevistas, impartía clases de dibujo, iba de compras, hacía amigos...

Allí, se mordía las uñas, paseaba de forma incesante, tomaba demasiado café e iba a dar una vuelta por el pueblo en su jeep porque no tenía otra cosa que hacer.

-Ya hemos dejado claro que yo no soy un chico martini -insistió Tom-. Y supongo que tu vida aquí es muy diferente de la que llevabas en Melbourne.

-Sí, bueno, claro que es diferente. Es la primera vez que vivo sola.

-¿En serio?

-Sí. Mi padre nos dejó cuando yo tenía dieciséis años y yo, en plena angustia adolescente, me fui a vivir con la familia de mi novio de entonces. Como te puedes imaginar, eso duró quince días. Pero siempre he vivido con alguien desde entonces.

-Y ahora eres libre para hacer lo que te dé la gana. No tienes que darle explicaciones a nadie.

-No.

-Este sitio tiene sus ventajas, ¿no crees?

-Sí, es verdad. Pero echo de menos... no sé, la sensación de que no hay suficientes horas en el día. El tiempo aquí es como un horizonte interminable.

-Ah, ese futuro por escribir -sonrió él.

-A mí me pone nerviosa.

-A mí me hace sentir cómodo. En la vida, nada sale como uno espera. Nunca. Así que he aprendido a no esperar nada. De esa forma, sólo puedes recibir sorpresas agradables.

-¿Y eso te funciona?

-Me funciona. Aunque la verdad, al principio, echaba de menos tener compañía constante.

-Yo no me puedo quejar -suspiró Maggie-. Tengo a mis amigas al menos una vez por semana, tengo a Smiley... y al chico que me trae las provisiones desde Rye... aunque el pobre no es capaz de decir dos palabras seguidas. Y ahora... en fin, te tengo a ti.

Tom la miró entonces, un poco sorprendido. Maggie sabía que ésa sería su reacción, pero lo había dicho de todas formas. Quizá era el efecto de la cerveza.

Se había acostumbrado a tenerlo cerca y una semana más tarde desaparecería para siempre. Quizá podrían... ¿qué? ¿Ser amigos? ¿Ir de pesca juntos? Una vez Tom dijo que podían ir a jugar a los bolos.

-Me parece muy bien que cuentes conmigo.

Maggie carraspeó, nerviosa.

-Bueno, señor manitas, tengo una pregunta para ti: ¿he cometido el error más grande de mi vida comprando esta casa?

-Dicen que las inversiones inmobiliarias son las más inteligentes. Si algo le pasará a la casa, siempre podrías poner una tienda de campaña en la parcela.

El corazón de Maggie se encogió de forma inesperada al pensar que algo pudiera ocu-rrirle a Belvedere.

-Arriba, en mi cuarto, hay un trozo de papel pintado que está a punto de desprenderse. Muchas veces he pensado tirar de él, pero... no sé, me da miedo ver lo que hay debajo. Me da miedo que sea una viga maestra y la casa se caiga a pedazos.

Tom soltó una carcajada. Luego, percatándose de que lo decía en serio, miró el suelo de madera, que necesitaba reparación, y la escayola del techo, que se caía a pedazos.

Ella siguió la dirección de su mirada hasta el estudio, que podían ver desde allí... el trapo tirado en el suelo, las manchas de pintura en la madera, la falta de muebles. Podría meter todas sus posesiones en el jeep y marcharse... y no habría prueba alguna de que hubiese vivido allí alguna vez.

Eso fue como un puñetazo en el estómago. ¿Por qué había imaginado que estaba haciendo lo correcto viviendo de esa manera? ¿Para demostrarle a la gente que podía hacerlo, que podía estar sola?

Pensó entonces en la nevera llena de queso y frutas exóticas y se sintió más orgullosa de esa decisión que de la mayoría de las que había tomado durante los últimos seis meses.

-¿Qué te parece? ¿Qué debo hacer?

-A mí me parece que está bien como está.

-Pero si está hecha un desastre. Con esa recomendación, no me extraña que te echaran del negocio de las reformas.

-No es un desastre, Maggie. Es única y encantadora. No hay que hacer grandes reformas, sólo algunos toques aquí y allá.

-¿Tú crees?

-Estoy seguro. Con un poco de cariño, esta casa podría convertirse en un sitio maravilloso.

Lo decía de una manera... casi como si estuviera hablando de ella, no de la casa.

Maggie tragó saliva. Iba a seguir hablando pero, de repente, Tom se levantó y estiró los brazos.

-En fin, se ha hecho de noche. Será mejor que me vaya.

Tenía razón. Mientras hablaban, el sol se había puesto y sólo la luz de la luna iluminaba el porche.

-Gracias por la cerveza.

-De nada -sonrió Maggie, levantándose.

Iba a decirle adiós, pero no podía hacerlo. Apenas podía sentir sus pies, mucho menos pedirle que se movieran. Lo que sentía por dentro era demasiado complejo. No sabía lo que Tom quería de ella y mucho menos lo que ella quería de él...

Pero fue Tom el que se rindió. Dio un paso hacia ella y se inclinó un poco para mirarla a los ojos. Luego levantó una mano para acariciar su mejilla y, de repente, Maggie se dio cuenta de que no podía respirar.

Más para conservar el equilibrio que para invitarlo a nada, Maggie levantó una mano para ponerla sobre su torso. Sintió un temblor dentro de su pecho y sólo entonces reconoció la profundidad de la atracción que sentía por él.

Había aparecido sin que se diera cuenta, sin que ella quisiera. Pero allí estaba.

-Nadie debería oler tan bien, Maggie Bryce -murmuró Tom.

Luego inclinó la cabeza y Maggie temió y deseó que fuera a besarla... pero él cambió de dirección en el último momento y enterró la cara en su cuello para respirar el aroma de su colonia.

-Tenías razón sobre el chico martini. Me siento completamente impotente ante un buen perfume.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Siempre lo he llevado para... ocultar el olor de la pintura y el aguarrás. Y por muchas duchas que me dé o por muchas veces que me lave las manos, no se va.

-Una razón más para que me guste tanto ese cuadro tuyo.

Maggie sonrió. No sólo con los labios, sino con los ojos, con todo el cuerpo. Sentía que se abría, como una flor, que algo en ella

despertaba a la vida.

Pero no debería sentir eso. No estaba lista. No era capaz de hacerlo. No estaba bien. Ni mental, ni emocional, ni moralmente...

Sintió frío en el cuello cuando Tom se apartó. Pero sus ardientes ojos pardos seguían clavados en ella. Y no había ninguna duda de lo que iba a pasar. Iban a besarse e iba a ser un beso de ésos que te hacen temblar de arriba abajo.

Y, aunque en aquel momento lo deseaba más que nada en el mundo, su conciencia y su memoria le dieron razones para apartarse.

-Tom.

-Sí, Maggie. Dime lo que quieres.

-Quiero... que esperes.

Lo empujó un poco hacia atrás. Un poco, sin ganas. Pero fue suficiente como para romper aquel extraño hechizo.

-¿Qué ocurre? -preguntó él, mirándola a los ojos de tal forma que casi se le olvidó lo que iba a decir. Casi.

Pero el peor error que podía cometer era romper una vieja costumbre creando una nueva.

-Tom, no puedo. No puedo, de verdad.

-¿Por qué?

-Porque... estoy casada.

Capítulo 6

TOM soltó una carcajada. No era exactamente la reacción que ninguno de los dos habría esperado ante el anuncio, pero era eso o liarse a patadas con el banco.

-¿Has dicho que estás casada?

Maggie asintió con la cabeza, un mechón de pelo rubio cayendo sobre su frente.

-No es una broma.

Tom sabía que no era una broma. No era por eso por lo que se había reído. Lo había hecho porque la situación le parecía increíblemente irónica. Allí estaba, dispuesto a dar el primer paso, a olvidarse de las precauciones, a olvidar su modus operandi con las mujeres, y, de repente, Maggie decía... eso.

-¿Y dónde está tu marido?

-Cari sigue viviendo en Melbourne.

Cari. Cari seguía viviendo en Melbourne.

Cuando la miró, se dio cuenta de que estaba temblando. Violentamente. Y tuvo quehacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

¿Por qué estaba temblando? ¿Y por qué sentía él aquel deseo de abrazarla? Siempre le habían gustado las mujeres fuertes, seguras de sí mismas. Incluso las que daban el primer paso y nunca derramaban una lágrima cuando llegaba el momento de decirse adiós. Nunca le habían gustado las mujeres frágiles, caóticas, las cabezotas que podían vivir seis meses sin un sofá porque eran artistas y excéntricas.

-Tu marido está en Melbourne -repitió-. Y supongo que ha estado allí todo este tiempo.

-Sí.

-¿Por qué? ¿El vuestro es un... matrimonio abierto, de ésos de los que hablan ahora? ¿Él tiene a su amante en Melbourne mientras tú te los buscas en la playa?

Maggie apretó los dientes.

-Mi marido tiene una sola amante en Melbourne. Que yo sepa.

-Ah, ya... perdona.

-Cari es un abogado especializado en el mundo del arte. Era mi abogado. Pero resulta que ha estado acostándose con una abogada

de su bufete... durante los dos últimos años.

Maggie no parpadeó. Ni una sola vez. Pero Tom se daba cuenta de cuánto le dolía decir aquello. Que su expresión fuera impenetrable no era más que un mecanismo de defensa.

-Ella representa a jugadores de fútbol sobre todo. Ahora está embarazada... de mi marido. Así que el día que me marché de Melbourne, pedí el divorcio.

Tom asintió con la cabeza.

-¿Y yo qué soy, una especie de venganza?

-No -contestó ella-. Hace meses que no veo a Cari. Sólo hemos hablado a través de abogados desde que me fui de Melbourne. De modo que no sabe nada de mi vida.

-Ya veo -suspiró Tom, sin saber qué decir-. Creo que debería irme, Maggie.

-Sí, seguramente es lo mejor.

Tom dio un paso hacia los escalones, pero sabía que se daría de tortas durante todo el fin de semana si la dejaba sola. Él había dado el primer paso y él debería cortar aquello. Porque, además de ser preciosa y fascinante, Maggie no había hecho nada malo.

-Has hecho bien contándome lo de Cari.

Maggie tardó más de lo que él esperaba en asentir con la cabeza y luego, sin decir una palabra, Tom bajó los escalones y se dirigió a su camioneta.

Sólo esperaba que ese fin de semana no estuviera lleno de imágenes de sus ojos, de su cuello, de ese aroma suyo. De Maggie Bryce. Pintora. Excéntrica. Y mujer casada.

Para Maggie, el sábado fue un día horrible.

El gran azul seguía siendo grande y azul; y ella apenas podía concentrarse y mucho menos descifrar lo que estaba pintando. Irritada, tiró la brocha en un bote de aguarrás y subió a su dormitorio.

Las sábanas blancas estaban hechas un lío, la evidencia de otra noche en blanco. Había dos almohadas a un lado de la cama. Su lado. Donde dormía sola. Donde llevaba seis meses durmiendo sola.

Suspirando, se metió en la ducha. Nada como el agua fresca para aclarar los pensamientos. Por el momento, el horizonte de Port Phillip Bay no había producido nada, pero la falta de progreso era culpa suya.

Maggie tomó una esponja y un jabón con olor a canela y empezó

a frotarse vigorosamente de la cabeza a los pies, intentando olvidar la mayor de las distracciones.

Tom.

¿Estaría por allí, pescando, pensando mal de ella? Aunque lo entendería, claro. Debería

haberle contado que estaba casada mucho antes.

Una cosa era segura: no podía seguir encerrada en la casa por más tiempo. La idea de seguir peregrinando de habitación en habitación le resultaba sencillamente insoportable. Tenía que salir, ver gente, olvidarse de todo...

¿Y qué mejor manera de hacerlo que salir de compras? Eso haría. Iría a comprar un estéreo. Y no se acercaría al muelle, por supuesto.

Con unos vaqueros nuevos, una rebequita de manga cóctel que había encontrado en el armario y unas zapatillas de deporte que le resultaban un poco incómodas porque llevaba meses paseando descalza, Maggie subió al jeep y se dirigió a Sorrento.

El pueblo estaba lleno de familias de Mel-bourne que iban a pasar allí el fin de semana; todos alegres, haciendo fotos, con atuendo playero. Nadie parecía tener una sola preocupación en Sorrento, pensó.

Por fin, encontró una tienda de electrónica y preguntó por el estéreo más barato que tuvieran. Pero todos eran más caros de lo que esperaba... ¿Debía comprarlo?, se preguntó. ¿Y esos sofás tan bonitos de color café que había visto en la tienda de muebles? ¿Podía gastarse ese dinero? Le molestaba dudar tanto, darle tantas vueltas a las cosas...

Entonces recordó algo que Tom había dicho:

«En la vida, nada sale como uno espera. Nunca. Así que yo he aprendido a no esperar nada. De esa forma, sólo puedes recibir sorpresas agradables».

Aunque también era un error pensar que todo iba a salir mal. ¿Por qué? ¿Por qué no podía tener esperanzas? ¿Por qué no podía ser positiva?

Maggie decidió comprar el estéreo y olvidarse de todo lo demás.

Una hora después, un poco mareada por el dinero que había gastado, se dirigió al To-rrento Sea Captain, un pub en el primer piso de un hotel frente a la playa. Era temprano y había comido más de lo normal, pero la idea de tomar unas patatas y una cerveza

fría le resultaba muy apetecible.

De modo que aparcó el jeep y entró en el pub, que estaba lleno de jubilados. También vio algunas caras que le resultaban familiares de sus raros paseos por el pueblo. Incluso la saludaron amablemente varias personas, lo cual le hizo lamentar lo poco sociable que se había mostrado desde que llegó allí.

En la puerta, sintió como si todo el mundo la mirase. El estruendo del pub, el crujido de las sillas, el choque de las bolas de billar y las risas de fondo eran casi abrumadores, acostumbrada como estaba al silencio.

La alegría que sentía empezó a convertirse en un dolor de cabeza. Quizá era demasiado... o demasiado pronto. Quizá se estaba engañando a sí misma al pensar que podía relajarse, ser feliz. Quizá debería volver a casa y ponerse a pintar...

-¿Mesa para uno? -le preguntó una joven con un delantal y un chicle en la boca.

¿Mesa para uno? Maggie no recordaba cuándo fue la última vez que comió sola en un restaurante. Pero ésa era otra costumbre que había que cambiar.

-¿Señorita?

-¡Sí, por favor! -sonrió Maggie entonces, entusiasmada.

La joven la miró como si estuviera loca. Pero hasta eso le pareció gracioso.

El olor a pescadito frito que salía del pub llamó la atención de Tom, que estaba dando un paseo por el pueblo. Miró hacia el interior distraídamente... y se detuvo de golpe al ver a Maggie. Estaba sola y, por su expresión concentrada, la carta del pub debía de estar escrita en sánscrito.

Considerando el día que había tenido, un día en el que ir de pesca, leer una novela de Dick Francis tumbado en su hamaca, correr diez kilómetros y jugar a la Playstation con las niñas de Alex no había conseguido relajarlo ni siquiera un poco, sabía que debería seguir adelante.

Incluso había ido a Sorrento a buscar trabajo para olvidarse del jardín de Maggie. Para olvidarse de sus tentadores labios, de sus ojos. Y del hecho de que, a pesar de ser dos personas decentes, habían estado a punto de engañar a su marido.

De modo que podía entrar, saludarla y luego decirle adiós. La semana siguiente pasaría rápido y después de eso seguirían adelante con sus vidas. Por separado. Tom casi se convenció a sí mismo de

que el repentino agujero que sentía en el estómago era de hambre.

-Hola.

Maggie levantó la cabeza.

-¿Qué haces aquí? Pensé que estarías pescando -dijo, sorprendida. .-He pescado esta mañana. ¿Has pedido ya? -preguntó Tom, tomando una carta de la mesa de al lado. ¿No iba a saludarla y despedirse después?

-Ah, no. Llevo aquí veinte minutos y creo que se han olvidado de mí.

-Porque hay que pedir en la barra.

-¿En la barra? Pero la chica... en fin, ¿te importa vigilar mi bolso mientras pido?

-No, no.

Maggie sacó el monedero del bolso y se levantó para ir a la barra.

-Y ya que vas, pídeme un pescadito frito con patatas -dijo Tom entonces.

-¿Vas a quedarte a cenar?

-Pues sí, gracias. Me encantaría.

¿Qué estaba haciendo?

-Muy bien, yo tomaré lo mismo -sonrió Maggie.

-Ah, esta noche estás desconocida. Cenar en el pueblo, ir sin manchas de pintura por la vida. Casi no te conozco.

-Me conoces perfectamente -replicó ella, arrugando el ceño-. Bueno, voy a pedir...

-Sí, sí.

Muy bien, iba a entrar, a saludarla y a decirle adiós. Sí, era un hombre que sabía lo que quería. Tom se dejó caer sobre la silla y soltó una carcajada que despertó miradas a su alrededor.

-¿Qué estaba haciendo? Quizá era el hecho de que no pudiera tenerla lo que la hacía aún más atractiva.

-¡Tommy!

Tom levantó la mirada y se encontró con su primo Alex.

-Hola, ¿qué haces tú por aquí?

-Cenando con la familia -contestó Alex, señalando por encima del hombro una mesa donde estaban Marianne y las cuatro niñas.

-Qué romántico.

-Bueno, cuéntame qué pasa contigo y con Lady Bryce. No me digas que esto es una cita. Está casada, no sé si lo sabes.

-Sí, lo sé. Pero nos hemos encontrado aquí... ¿y tú cómo sabes

que está casada, por cierto?

-Las hermanas Barclay me lo contaron el otro día.

-¿Y no se te ocurrió contármelo a mí?

Alex se encogió de hombros.

-No sabía que te interesara esa información. ¿Te interesa?

Tom miró a Maggie, que estaba hablando conˆl camarero.

-Ha pedido el divorcio.

-Ya, bueno, pero sigue casada.

-Lo sé.

-Bueno, ten cuidado. No hagas nada malo -sonrió su primo, despidiéndose con la mano.

Tom no tuvo oportunidad de hacer ninguna promesa porque Maggie lo estaba mirando con una sonrisa en los labios. Una sonrisa cauta, discreta. Pero él no pudo evitar devolvérsela.

Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para recordarse a sí mismo por qué no había podido dormir o por qué ir de pesca lo había aburrido por primera vez en su vida a pesar de que hacía un tiempo maravilloso.

Seguía deseando a Maggie. Pero Maggie Bryce no era libre.

Capítulo 7

DESPUÉS de una hora de cotilleos sobre la gente del pueblo, sobre el primo de Tom y su banda de mujeres y sobre una señora que pensaba que «manitas» era sinónimo de «conquistador» y se negaba a darle los buenos días, a Maggie le dolía la cara de tanto reírse. Y de fingir que lo estaba pasando realmente bien.

Tom, con vaqueros oscuros y un jersey de color verde oliva y sin una gota de sudor, tenía un aspecto más masculino que nunca. Y ella no podía negar que algo había ocurrido esa noche, cuando estuvo a punto de besarla. Cada vez que lo miraba, que oía su voz, sentía un anhelo, un deseo que no podía controlar.

-Tenemos que hablar -dijo, sin pensar.

De repente, Tom bajó la cabeza y empezó a golpeársela con la mesa.

-¿Qué haces? -rió ella.

-¿No sabes que ésas son las tres palabras que un hombre más teme?

-¿Además de «en qué estás pensando»? -sonrió Maggie.

Tom volvió a golpearse la cabeza con la mesa.

-Tom, por favor, que la gente está mirando...

-Sí, es verdad. Pero éste no es el mejor sitio para hablar. Aquí hasta las paredes oyen.

-Pero tenemos que hablar sobre lo que pasó anoche.

-Sí, espera... vamos a pagar la cuenta.

-Pago yo.

-No, de eso nada.

-Insisto, pago yo -repitió Maggie-. Tú estás trabajando por un cuadro.

-Muy bien, como quieras.

Después de pagar, se levantaron y él puso una mano en su espalda. Sólo tendría que haber movido la mano unos centímetros y la habría tomado por la cintura.

-¿Dónde vamos?

-No, sé, a la playa por ejemplo. Y anoche no pasó nada.

-¿Nada? Pero...

-Pero... podría haber pasado algo, ya lo sé. Mira, Maggie, me gustas. No lo puedo negar. Me gusta charlar contigo, me gusta cómo llevas el pelo. Incluso me gustan tus horribles sandwiches porque sé que los haces con cariño. Y anoche me habría encantado besarte. Yo creo que todo eso es evidente sin que tengamos que hablar de ello, ¿no te parece?

Maggie se mordió los labios. Le gustaba. Lo sabía, pero oírselo decir le gustó aún más.

-Pero estás casada -siguió Tom-. Y yo no soy de los que se toman eso a broma. Sean cuales sean las circunstancias. Y creo que los dos somos suficientemente listos como para saber cuándo algo no puede ser.

Tenía razón. Ésa era la verdad. Nada iba a pasar entre ellos. Genial. Fabuloso. Pero le habría gustado preguntar por qué le resultaba tan fácil cuando para ella...

-¿Qué tal si damos un paseo para bajar la cena?

-Sí, claro. ¿Por qué no?

Tom señaló el muelle, rodeado de gaviotas que se lanzaban sobre el agua para buscar restos de pescado.

Maggie tenía que caminar despacio para no resbalar sobre los tablones mojados, y cuando Tom le ofreció su mano, la rechazó. En cambio, se quitó las zapatillas y siguió paseando descalza, como era su costumbre.

-Ahí está Belvedere -dijo Tom entonces, señalando con la mano.

Maggie miró el acantilado y encontró su gran esperanza blanca entre una gran masa de arbustos. Vio las rocas y luego...

-¡Y ahí está la playa! -gritó. No era precisamente el paraíso de los surfistas, pero había un trocito de arena blanca justo debajo de su casa, como había soñado. Y al verlo sintió que su corazón se llenaba de... ¿de orgullo? ¿De felicidad?

-¿Puedes ver tu casa desde aquí, Tom?

-Está por ahí, en algún sitio.

Algo en su tono de voz hizo que Maggie lo mirase, sorprendida. ¿Por ahí, en algún sitio? Entonces se dio cuenta de que no sabía dónde vivía.

-¿Dónde?

-Por ahí.

-Venga, enséñamela. Tú te pasas el día en mi casa y yo ni siquiera sé dónde vives. ¿Qué es, una caravana o una mansión? En realidad, no sé nada de ti. Podrías estar casado y tener diez hijos.

-No estoy casado -dijo él, muy serio.

-Muy bien. Pues nada, no me lo cuentes.

¿Habría estado casado? ¿Tendría novia?

¿Tendría familia? No había dicho que no tuviera hijos.

-Maggie...

-¿Sí?

-¿No habíamos quedado en... dejarlo estar? Tenemos que relajarnos.

-Sí, de acuerdo, es verdad.

-¿Tienes frío?

-No, estoy bien.

A pesar de eso, Tom le pasó un brazo por los hombros y frotó sus manos... sus delgadísimas manos, sus manos de palmas duras. Sin darse cuenta, enredó los dedos en los suyos y se quedaron así, mirando la puesta de sol durante un rato.

-Esto es bonito, ¿verdad?

-Sí, mucho.

Maggie pensó que era la primera vez que se tocaban. ¿Eso estaba bien? No sabía la respuesta, pero sí se dio cuenta de que no era ella sola la que se sentía desorientada. Tom también lo estaba y, como ella, no sabía qué hacer.

-No estás nada relajada.

-No, pero lo estoy intentando. Gracias por cenar conmigo, Tom. Lo he pasado muy bien.

-Yo también.

Unos minutos después volvieron a la puerta del pub.

-Nos vemos el lunes, Maggie.

-Hasta el lunes -sonrió ella, subiendo al jeep.

Tom la saludó con la mano y empezó a subir colina arriba... ¿Viviría en el hotel So-rrento? ¿En un coche abandonado? ¿En una cabana?

Maggie arrancó, prometiéndose a sí misma terminar El gran azul y dejar que Tom limpiase la maldita maraña de maleza sin recordar cómo había visto la puesta de sol con él abrazándola por detrás.

Maggie llevaba todo el día intentando no encontrarse con Tom. Aunque no era fácil. Sólo se vieron durante la hora del almuerzo, pero estuvo todo el día pensando en él.

De alguna forma, quizá por fuerza de voluntad, El gran azul parecía haber dado un salto adelante. Maggie inclinó a un lado la cabeza, jugó con la brocha y empezó a canturrear. Nada en particular, una melodía que le resultaba conocida. Porque, aunque no fuera la mejor paisajista de la historia, aquel cuadro empezaba a parecer... algo.

-Bright eyes -oyó la voz de Tom.

-¿Eh?

-La canción que estás cantando es Bright eyes, de Simón & Garfunkel.

-¿Y?

-Llevas horas canturreándola.

-¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

-¿Te ocurre algo? -preguntó él entonces.

Maggie no contestó. En lugar de eso se dio la vuelta y siguió pintando.

-Mi padre solía cantarme esa canción cuando era pequeña -dijo por fin-. Me pidió que le diera un retrato mío cuando tenía siete años para poder llevárselo con él cuando iba de viaje.

Tom se acercó a la tela y vio, asombrado, el rostro que le había parecido ver una vez. No había duda: la boca, la nariz recta, el pelo rubio y los ojos tristes. Era ella.

-Vaya. Es estupendo.

-Le di mi autoretrato, enmarcado, el día que cumplió cuarenta años. Sigue siendo mejor que el cuadro por el que gané el premio Archibald. Pero cuando se marchó, mi padre dejó el cuadro en casa. No se lo llevó con él. Eso me dolió tanto que no había vuelto a pintar un retrato mío desde entonces... hasta ahora.

-Eres tú, sí -murmuró Tom.

-¿Tú qué crees que significa?

-Los seres humanos hacemos cosas raras para librarnos del dolor o de la pena.

-Sí, es cierto. Tú viniste a vivir aquí cuando tu hermana murió, ¿no?

-Sí.

-¿Por qué?

-Cuando Tess murió, yo estaba al otro lado del mundo intentando convencer a un especialista canadiense para que fuese a Sidney a tratarla. Murió de la mano de una enfermera que sólo llevaba tres días en casa. Cuando volví a Sidney, mi hermana estaba muerta... y entonces empecé a plantearme mi vida. Porque la que había vivido hasta entonces ya no tenía sentido para mí. Así que lo dejé todo, me mudé a la playa y aquí estoy.

A Maggie se le encogió el corazón. No sabía qué decir. ¿Qué iba a decirle, que entendía que hubiera salido corriendo porque eso mismo era lo que ella había hecho?

-Y venirme a vivir aquí es la mejor decisión que he tomado en toda mi vida.

«Como podría ser la mejor decisión de la tuya», parecían decir sus ojos.

-Esta casa es un sitio sin recuerdos para mí -murmuró Maggie-. Eso era lo que buscaba.

-La cuestión es, ¿por qué ahora? ¿Por qué no te salió El gran azul cuando estabas casada con... Cari?

-No tengo ni idea. Mi padre y Cari no se conocieron nunca, aunque podrían haber sido amigotes. Anticuados, machistas, sufriendo la crisis de los cuarenta... Podrían haber pertenecido al mismo club. Y yo sería su mascota.

-Dicen que las chicas buscan hombres que se parecen a sus padres.

-Sí, es posible. Y yo, desde luego, he caído en esa trampa.

-No seas tan dura contigo misma. Perder a alguien así puede dejar una marca terrible en una persona. No es fácil olvidarlo, ¿no?

-Quizá no debería ser fácil. Quizá perdonar debería ser difícil. Porque entonces al menos sabes que es real.

-Sí, lo es. Y terapéutico -sonrió Tom-. Desde luego, yo llevo días mirando ese cuadro y no sé cómo has podido hacer que esas manchas azules se conviertan en un retrato. Eres una pintora estupenda, Bryce.

-Gracias.

-Pero hay una cosa...

-¿Sí?

-¿Siempre has sido tan azul?

Maggie soltó una carcajada.

-Idiota.

-Oye, que no soy yo el que tiene la cara azul. ¿Has sido exploradora en el Ártico o es que sientes el frío más que los demás? A lo mejor siempre has tenido el secreto sueño de ser un pitufo.

-No digas bobadas...

-¿Yo?

Estaba sonriendo. Pero no era una sonrisa burlona, era una sonrisa comprensiva, casi compasiva. Y entonces, de repente, tomó su mano y la besó. Dejando una marca que, Maggie temía, no sería capaz de borrar nunca.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió el sabor salado de las lágrimas. Y esta vez Tom no vaciló. Antes de que se diera cuenta, estaba entre sus brazos, esos brazos tan fuertes. Y Tom acariciaba su pelo, su espalda.

-Maggie, cariño, no pasa nada. Todo va a salir bien.

Siguió diciéndole esas cosas mientras ella lloraba como había llorado tantas veces delante de sus amigas. Cuando su padre la abandonó, cuando descubrió que Cari tenía una amante. Pero, por alguna razón, viniendo de aquel hombre, se encontró a sí misma esperando que todo eso fuera verdad.

-¿Mejor? -preguntó Tom unos minutos después, dándole un beso en la frente.

-Sí, mejor -suspiró ella-. Perdona, pero...

-No tienes que pedir perdón. Es normal.

-Gracias.

-¿Por qué?

-Por estar ahí. Por ser el primer hombre que no sale corriendo cuando las cosas se ponen feas.

Tom asintió con la cabeza, como si la entendiera, como si supiera por lo que estaba pasando. Pero no dijo nada.

-Mira qué hora es -dijo Maggie entonces-. Lo siento, no me había dado cuenta. Venga, vete, es muy tarde.

-¿Estás segura?

-Sí, estoy segura. Nos vemos mañana.

«Te veré el día siguiente, y el otro y el otro». Pero ¿lo vería después? ¿Volvería a verlo cuando hubiese terminado el trabajo? No tenía ni idea. Pero las cosas en su vida estaban progresando y empezaba a creer que podía contar consigo misma.

Maggie volvió a mirar El gran azul. El retrato era ambiguo, borroso... y azul. Y muy triste.

Entonces lo quitó del caballete y lo dejó en el suelo. Era hora de empezar uno nuevo.

Capítulo8

EL VERANO había llegado en todo su esplendor. Tom apagó la sierra mecánica un momento para pasarse una mano por la cara. Le dolía la espalda y sentía como si se hubiera roto los nudillos veinte veces. Y daría una buena porción de su cuenta bancaria por una ducha fría. Pero la ducha podía esperar porque tenía una misión.

Se secó las manos en los vaqueros y se puso la camiseta, que se había quitado para trabajar, mientras iba hacia la casa.

Ver a Maggie llorar la noche anterior le había hecho un nudo en el estómago. Su deseo de ayudarla, de consolarla, lo había sorprendido de un modo inesperado. Tanto, que había llegado a trabajar al día siguiente antes de que ella se hubiera levantado, y llevaba seis horas desbrozando sin parar.

Era lo mínimo que podía hacer por ella, encontrar esa salida a la playa que le hacía tanta ilusión

-¿Maggie?

-¿Sí?

-¿Estás lista para comer?

-Voy enseguida -contestó ella-. Hoy has estado muy calladito, ¿no?

-Sí, bueno...

Tom se acercó a ver el cuadro y comprobó que no estaba. En su lugar había otra tela pintada en un tono más fuerte, tan brillante, que era casi cegadora.

Cuando miró a Maggie, no sabía por qué, le pareció más guapa que nunca. Iba despeinada, como siempre, y llevaba una camiseta blanca que destacaba el moreno que había empezado a adquirir su piel. Y unos pantalones cortos que dejaban al descubierto unas piernas estupendas...

¿Siempre había sido tan guapa?

-Perdona. ¿Tienes prisa por comer?

-No, no. Es que estaba pensando... espero que no te hayas depilado por mí.

-¿Qué?

-Tus piernas. No sabía que tuvieras piernas.

-¿Tenías tus dudas?

-Pues sí. Y me alegra mucho saber que tienes dos piernas

perfectas.

-No sé si te habrás dado cuenta, pero haceun calor terrible. Si tú puedes trabajar ahí fuera sin camiseta, yo puedo trabajar en pantalones cortos.

Tom levantó las manos en señal de rendición.

-Oye, que yo no me he quejado. ¿Me has visto trabajar?

-Bueno, tengo que comprobar que no estás ahí perdiendo el tiempo y malgastando mi dinero.

-Ah, ya.

-¿Alguna cosa más? ¿O podemos comer?

-Vamos a comer. Fuera.

-¿Por qué? Hace mucho calor.

-Tú pagaste la cena el sábado y eso hirió mi sensibilidad masculina, así que he decidido compensarte. He traído algo especial.

-¿En serio?

-Pero antes tengo que taparte los ojos. Es una sorpresa.

-No...

-Sí -insistió Tom, quitándole la bandana roja del pelo para taparle los ojos-. Venga, muévete.

Un minuto después, en el porche, Tom le quitó la bandana y Maggie se quedó boquiabierta. Frente a la casa podía ver no la maleza sino el horizonte. El acantilado que caía suavemente hacia... su playa.

Sobre la hierba había una manta de cuadros y, encima de ella, una nevera con gambas, una botella de vino y un montón de quesos exóticos.

-Pero bueno... ¿has hecho todo esto esta mañana?

-Sí. He limpiado esta salida para que puedas bajar a la playa. ¿Qué te parece?

La vista era maravillosa. El acantilado estaba a la izquierda y la playa de Mornington a la derecha. El océano, de un azul verdoso, delante de ellos, misterioso y tranquilo.

Aunque Tom no era responsable por toda esa belleza, se colocó a su lado para ver su expresión.

Y fue como un golpe en el plexo solar. Maggie Bryce irritada era intrigante, Maggie Bryce riendo era encantadora y Maggie Bryce relajada y feliz era... increíblemente preciosa.

-¿Ha merecido la pena?

-Lo dirás de broma... es increíble.

Entonces, de repente, sin pensarlo siquiera, le echó los brazos al cuello. Tom se quedó cortado al principio, pero enseguida le devolvió el abrazo. El alivio de tenerla entre sus brazos fue algo explosivo. Para cuando se dio cuenta de que lo que experimentaba era el deseo de no soltarla nunca era demasiado tarde.

Maggie se aclaró la garganta para controlar la emoción y dio un paso atrás.

-Ven, vamos -dijo Tom entonces-. Aunque esta vista sea maravillosa, no he trabajado más en toda mi vida y estoy hambriento.

-Ah, sí, perdona. Todo esto es genial, de verdad. No sé cómo darte las gracias.

-Esto era lo que esperabas cuando me llamaste, ¿no?

-La verdad es que no sabía qué esperar. Una señal, quizá. Algo que me dijera si había hecho bien comprando esta casa y qué podría hacer después.

-¿Después?

-No sabía si venderla y volver a Melbourne, pero... La casa me ha enganchado, desde luego. Mis amigas decían que sería así. Y yo creo que también te ha enganchado un poco a ti.

-Entonces, ¿no vas a venderla?

-No lo sé. Es demasiado... importante para mí -contestó Maggie, tragando saliva.

Entonces sonó el teléfono.

-¿Sabes quién puede ser? -preguntó Tom.

-Ni idea -contestó ella, levantándose a toda prisa-. Seguramente se habrán equivocado de número, pero será mejor que vaya a comprobarlo de todas formas. Oye, gracias por todo, Tom. Esto es maravilloso, de verdad. Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí... nunca.

-Ha sido un placer.

Maggie se alejó, dejando atrás su perfume y a Tom solo en su manta de merienda.

Quizá se habían equivocado de número. O sería de la tienda de pinturas para decirle que habían encontrado una que buscaba. O quizá ella había salido corriendo porque pensaba que podría ser Cari.

Tom miró las gambas que con tanta ilusión había colocado en la nevera. De repente, ya no tenía hambre.

Maggie corrió al estudio y levantó el auricular.

-¿Sí?

-Señora Bryce, soy Constance, de la tienda de muebles. Llamo para decirle que los sofás de color café que estuvo mirando el otro día están disponibles. Así que, si los quiere, son suyos.

Maggie sonrió, apoyándose en la pared para mirar a Tom por la ventana.

-Claro que los quiero, Constance.

Capítulo 9

EL MIÉRCOLES, a la hora de comer, Tom apagó la biotrituradora que le había prestado Alex para hacer compost y guardó todo lo que había quedado en enormes bolsas de plástico negro.

Le había parecido oír un camión acercándose a la casa. Y no se había equivocado. Era un camión de mudanzas.

-¿Se puede saber qué está haciendo esta mujer? -murmuró, subiendo los escalones del porche-. ¿Qué pasa?

-Ven aquí -dijo ella, tomándolo del brazo para llevarlo a la entrada, donde Rod Johnson, el propietario de la tienda de muebles, acababa de aparcar. Y dentro del camión había... muebles.

Tom suspiró, aliviado. Maggie no iba a dejarlo. No iba a marcharse de Portsea.

-Hola, señora Bryce. Hola, Tom.

-Buenos días, Rod.

-Póngalo todo en el estudio -dijo Maggie-. Ya lo colocaré yo más tarde.

-Pero cuidado con los heléchos de la entrada. Son una joya.

-Venga, usa esos músculos para hacer algo de provecho -lo regañó Maggie.

Sintiéndose extrañamente eufórico ahora que sabía que los muebles iban dentro y no fuera, Tom tiró de ella y la apretó contra su pecho.

-No recuerdo que mover muebles sea parte de mi contrato, señora Bryce.

-Bah, bah, el contrato -rió Maggie-. Necesito ayuda de un amigo, eso es lo que pasa.

-Ah, ya. Así que soy un amigo, ¿no? Qué suerte tengo.

Tom la soltó y Maggie lo empujo hacia el camión.

-Venga, venga. No tenemos todo el día.

Una hora después, el camión había desaparecido y los muebles, envueltos en sus fundas de plástico, estaban colocados en una esquina del estudio.

-Van a quedar muy bien, ¿verdad?

-Sí, yo creo que sí.

-¿De verdad?

-Claro, me gustan mucho. Pero ¿por qué ahora, de repente? -

sonrió Tom, quitando el plástico de los sofás.

Maggie abrió la boca para contestar, pero la cerró inmediatamente, pensativa.

-Han usado un par de cuadros míos en un calendario de la Galería Nacional este año y me han ingresado los royalties en la cuenta corriente. Así que he tirado la casa por la ventana.

-Sí, ya lo veo.

-Sólo quería un estéreo, pero me enamoré de los sofás. Y luego me enamoré de esa mesa, de las sillas, de la alfombra... en fin, qué quieres que te diga. Aunque creo que me devolverían el dinero de los cojines si se los llevo ahora mismo...

-Maggie, no pasa nada. Disfruta de la vida, mujer.

-Sí, tienes razón -asintió ella. Pero empezó a morderse los labios.

Tom se dio cuenta de que nunca le había preguntado por qué no tenía muebles en la casa. Le gustaba pensar que era una de esas cosas de artistas excéntricos, otra faceta de su personalidad. Pero ahora se preguntaba... ¿podía ser que, en medio de un divorcio, tuviese problemas de dinero?

Sí, era lo más lógico. La idea de que tuviese que vender la casa y volver a Melbourne... por eso parecía tan nerviosa, por eso miraba la mesa como si la hubiera ofendido.

Podría alquilarla. Pero seguramente el nuevo inquilino no soportaría la maleza del jardín. O podría vender la casa. Pero seguramente el nuevo propietario llegaría con un buldózer para tirarlo todo. Y él no quería que eso le pasara a Belvedere. Empezaba a gustarle la casa de verdad.

Antes de que pudiera decir nada, les llegó una cacofonía de voces desde la entrada.

Ah, claro, era miércoles.

-Voy a calentar mi comida -murmuró, tomando el plástico para llevarlo a la cocina.

Maggie sonrió, emocionada ante la idea de enseñarle los nuevos muebles a sus amigas.

-Maggie, no te vas a creer... -Freya se detuvo de golpe y Sandra se chocó contra ella.

-¡Freya, muévete!

-Oh, Maggie. ¿Qué has hecho?

-¡Por fin ha comprado muebles! -exclamó Ashleigh.

-¿Por qué no se sientan, señoras? -sonrió Tom, saliendo de la cocina con una botella de vino y un sacacorchos-. La comida estará

enseguida.

Luego le dio botella y sacacorchos a Maggie, con una de sus sonrisas de alto voltaje, y volvió por donde había venido.

-Venga, chicas. Sentaos -sonrió ella, señalando la mesa del comedor mientras tiraba el corcho al aire. Freya la miraba como si le hubieran salido cuernos. Pero no se daba cuenta de que la propia Maggie se sentía... rara. Y le encantaba.

-Siéntate, Freya. Hoy te doy de comer yo.

-¿Tu amigo Tom ha hecho la comida?

-¿Eso importa?

-No, en serio, Maggie. Si no es así, nos envenenarás. A menos que sea un sandwich de lechuga y tomate...

-Relájate. Es cosa de Tom. Prometo no ayudar siquiera. Y ahora cállate y prepárate para comer bien.

Maggie se dirigió a la cocina, donde Tom estaba haciendo pasta a toda velocidad.

-Huele de maravilla. ¿Qué es?

-Una mezcla de tomate, romero, cebolla...

-¿Yo tenía todo eso?

-Tomates y cebolla en la nevera, el romero estaba en un frasquito de especias.

-Huy, ni idea.

-¿Tus amigas están sentadas?

-No, creo que se han quedado en estado de shock.

-Espero que puedan comer.

-Ah, eso seguro. Nunca he conocido tres mujeres a las que les guste más la comida. Pero primero tendrán que echarle un vistazo a los muebles y darme su honesta opinión.

-No son tímidas, ¿eh?

-No, qué va. Oye, espero que esta vez te quedes a comer. Y que te caigan bien -sonrió Maggie.

-¿Es importante que me caigan bien?

Maggie, que iba a probar la salsa, se quedó inmóvil. Y la ligereza que había sentido un segundo antes en el corazón, desapareció.

-Sí, bueno...

Seguía casada. Nada había cambiado. Y aunque no lo estuviera, ni siquiera sabía si Tom estaba disponible. Mientras ella sabía en el fondo de su corazón que había dejado de huir, estaba segura de que en el caso de Tom no era así.

-¿Sí?

-Me gusta que mis amigos se lleven bien.

-Ya, claro. Se me había olvidado que éramos amigos.

-Claro que lo somos. Yo no dejo que cualquiera use mis preciosas cacerolas.

-Tú no usas tus preciosas cacerolas.

-Bueno, sólo digo que...

-Que es importante para ti que me caigan bien tus amigas. Muy bien, lo he entendido.

Maggie sonrió. Debía sonreír. Tenía dos so-fás, una mesa de comedor, una alfombra, cojines.

-No puedo creer que te hayas gastado tanto dinero -dijo Freya cuando volvió al estudio-. A menos que... ¿has vendido algo? Oh, Maggie, esa sería una noticia maravillosa.

-No, no. Sólo he recibido unos royalties por un calendario.

-Bueno, tampoco está mal. ¿Eso significa que ya no estás en números rojos? ¿Vas a quedarte?

-Bueno, no, eso no...

-Maggie...

-He comprado estas cosas porque me hacían falta, Freya. ¡No tenía muebles! Aunque sólo pueda disfrutar de ellos durante un par de semanas, al menos tendré esas semanas. Eres tú la que siempre insiste en que debo conectar conmigo misma, ¿no? Bueno, pues yo quería conectarme conmigo misma sentada en un sofá.

-Déjala en paz, Freya -la regañó Sandra-. Es su dinero. Es su vida.

-Gracias, Sandra.

-Ya. Pero deberías haber comprado sofás rojos.

-Muy bien -rió Maggie-. Bueno, entonces ¿qué os parecen mis nuevos muebles?

-Yo creo que ya era hora -sonrió Ashleigh.

-Yo también. Estaba harta de ahorrar...

-¡Ja! -replicó Freya.

-No seas así...

-No, bueno, tienes razón. Y la verdad, ahora que lo pienso, te hacían falta esos cojines. Esto estaba como vacío sin cojines.

Maggie podría haberla abrazado.

Una hora después, las cuatro estaban sentadas en los sofás. Repletas. Maggie tenía los pies sobre la mes?i.

-Bueno, chicas, lo he pasado muy bien, pero es hora de volver a trabajar -sonrió Tom-. Mi jefa es una negrera.

-Gracias, Tom -dijeron las tres chicas.

-La pasta estaba de cine -sonrió Ashleigh.

Él hizo un saludo militar y salió al jardín para seguir desbrozando.

-He oído rumores de que cenasteis juntos el sábado por la noche -dijo Freya en cuanto se quedaron solas.

Maggie se puso colorada.

-Bueno, en realidad, fue una casualidad. Yo estaba cenando en el pub y Tom apareció...

-¡Te has acostado con él!

-¿Qué? No, de eso nada.

-Pues entonces lo has besado.

-No. Qué va.

-¡Yo lo sé, yo lo sé! ¡Se ha enamorado de él! -exclamó Sandra.

-¿Queréis callaros, por favor? Os va a oír -replicó Maggie, angustiada.

-Oh, no, es verdad, te has enamorado -suspiró Freya.

-¿Estás loca por el macizo? -rió Sandra.

-Pero si lo acabas de conocer...

-¿Cuánto tiempo tardaste tú en enamorarte del padre de tus gemelas? -replicó Maggie, indignada-. Además, yo no he dicho que esté enamorada.

-Pero lo estás.

-Me gusta... bueno, me gusta mucho. Sí, bueno, de acuerdo, estoy loca por él. Eso no me convierte en una demente, ¿no? ¿O sí? Sandra, ¿tú qué piensas?

-Yo creo que está buenísimo.

-Muy bien, genial. ¿Ashleigh?

-Lo que nosotras pensemos no tiene la menor importancia, Maggie. Estamos aquí para ayudarte, no para juzgarte.

-Tremendo. Una gran ayuda. Gracias.

-Pero esto no puede ser. ¿Y Cari? -gritó Freya.

-¿Qué pasa con Cari?

-Pues... que este hombre no se parece nada a Cari. Es... sudoroso.

Maggie soltó una carcajada. De todas las cosas que podía haber dicho de Tom, ¿sólo se le ocurría eso?

-Cari también podía ser sudoroso, Freya. Pero él no sudaba de una forma tan espectacular como Tom.

-Sé que Cari se portó de manera imperdonable contigo, cariño.

Pero él es... otra cosa. Es cosmopolita, sofisticado. Él entiende los círculos en los que tú te mueves. Y tú sabías cómo era cuando te casaste.

-¿Yo sabía cómo era? ¿Qué quieres decir con eso?

-Nada, no quiere decir nada -intervino Ashleigh-. Cari no es hombre para ti, cariño.

-Lo sé, lo sé. Tanta madurez, tanta seriedad. Me frustraba. Yo a veces me enfadaba, me irritaba por algo y él no decía una sola palabra. Nunca me pareció sano que se lo guardase todo dentro.

-¿Y qué pasa con Tom? -preguntó Sandra.

-¿De verdad queréis saberlo?

-Queremos saberlo todo -contestó su amiga.

no--

-Con Tom siempre... no sé, es como si estuviera a punto de pasar algo maravilloso. Me pongo nerviosa, me dan escalofríos cuando me toca. Y cuando se acerca a mí, me dan ganas de echarme en sus brazos.

Freya hizo una mueca. Sandra suspiró. Ashleigh la miró con una expresión de ternura que la emocionó.

-Él también ha sufrido en la vida, pero lo oculta siendo encantador. No es un crío, es un hombre. Y tendréis que admitir que es guapísimo.

Ashleigh sonrió. Sandra asintió con la cabeza. Incluso Freya tuvo que levantar una ceja en señal de asentimiento.

-Mirad, el hecho es que cada vez que empiezo una relación espero que me hagan daño y eso es lo que pasa. Pero con Tom, no sé... no espero nada y, sin embargo, me siento feliz.

Maggie les contó lo que había pasado en el muelle el sábado, después de cenar. Cómo la había abrazado por detrás mientras veían la puesta desoí...

Eran recuerdos hermosos. Quizá no significaban mucho, quizá sólo eran cosas de cría, pero había sentido algo especial, una conexión que no había sentido con ningún otro hombre.

_ ni

-Además, él sabe lo que significa El gran azul. Es un retrato. Soy yo.

Freya se levantó de un salto y Sandra lo hizo también.

-Es verdad... ¿cómo es posible que no lo hayamos visto antes?

Maggie se encogió de hombros.

-No lo sé. Pero él sí lo vio hace días. Es un hombre muy

intuitivo. Casi da miedo.

-Los más sensibles son los que más daño hacen, te lo aseguro -replicó Freya.

-No, los sensibles se limitan a llorar cuando les dices adiós -rió Sandra.

-Maggie, he estado preguntando por ahí -dijo Freya entonces-. Por lo visto, tu amigo Tom ha salido con todas las mujeres del pueblo. Es un rompecorazones. Está forrado y por eso cree que puede usar a la gente...

-Tom no usa a nadie -la interrumpió Maggie-. Mira, déjalo, estoy harta de hablar del asunto. Tú no sabes nada sobre él.

Freya respiró profundamente.

-Muy bien, lo que tú digas. Necesito un poco de aire.

-Espera...

Freya salió al porche y Maggie se volvió hacia las demás, sin saber qué hacer.

-No te preocupes, es una pelirroja, no lo puede evitar -sonrió Sandra-. Pero se le pasará enseguida.

-Yo estuve enamorada una vez -dijo Ashleigh entonces.

-¿Tú? -exclamaron Maggie y Sandra a la vez.

-Sí, claro. Tenía treinta años entonces. Se llamaba Robert. Era alto, rubio, muy guapo. Me enamoré de él nada más verlo y nos acostamos esa misma noche. Fueron seis meses de absoluta felicidad... hasta que descubrí que estaba casado.

-Oh, no.

Aparentemente, el amor no era fácil para nadie, pensó Maggie, mirando hacia Freya, que estaba apoyada en la barandilla del porche. Ella, a pesar de sus dos hijas, no había tenido la suerte de conservar al amor de su vida. Eso era algo que todas sabían pero de lo que no hablaban nunca. Quizá por eso le resultaba tan imposible entender que le gustase Tom.

-Pero no renunciaría a esos seis meses por nada del mundo -siguió Ashleigh.

Tom entró entonces en el estudio.

-Perdonad que os interrumpa. Iba a hacerme un café. ¿Alguien quiere?

-Sí, por favor -contestó Maggie.

Smiley lanzó entonces algo parecido a un ladrido y ella miró hacia la entrada. Smiley no ladraba nunca. Era el peor perro guardián de la historia. Las demás no lo habían oído, de modo que

Maggie se levantó y se acercó a la puerta. -¿Qué pasa, cielo? ¿Por qué has...? -no tuvo que seguir preguntando porque la razón para el ladrido estaba a su lado-. ¿Cari?

Capítulo 10

TOM siguió a Sandra fuera de la cocina, con dos tazas de café en la mano, una para él y otra para Maggie.

Pero ella no estaba sentada en el sofá, donde la había dejado. Estaba en la puerta, al lado de un hombre. Un hombre cuyo rostro le resultaba familiar. Un hombre de pelo cano y elegante traje de chaqueta.

Maggie miró al grupo un momento y luego le hizo una seña al hombre para que la siguiera. Y luego la puerta se cerró de golpe.

Tom iba a decir algo cuando se dio cuenta de que había visto a ese hombre antes. Era el tipo de pelo cano con el que Maggie aparecía en las fotografías de Internet. Con un caro traje de chaqueta, en la galería de arte...

Era su marido. El canalla que había robado el brillo de felicidad de sus ojos.

-¿Es Cari? -preguntó.

Ashleigh asintió con la cabeza.

-¿Ha venido Cari? -preguntó Freya desde el porche.

-Pues sí, ha venido -contestó Sandra, levantándose-. El cerdo ese

ha venido. Si le pongo las manos encima...

Pero Tom no estaba escuchando. Estaba aguzando el oído para ver si podía oír lo que estaban diciendo al otro lado de la puerta.

-¿Cómo está Becca? -fue lo primero que Maggie preguntó. Aunque no sabía cuál sería su reacción si le dijera que, a pesar de estar embarazada, seguía teniendo la talla treinta y seis y ni una sola vena varicosa.

-Está en el hospital, Mags. Ha dado a luz prematuramente. El niño está en la UCI.

-Ah, vaya, lo siento.

El niño. Después de tantas recriminaciones, de tantos intentos por formar una familia, había un niño agarrándose a la vida en alguna parte.

-¿Becca está bien?

-Sí, ella está bien. Se pasa el día en el hospital -contestó Cari. Maggie creyó percibir un minúsculo encogimiento de hombros y eso le recordó con quién estaba hablando. Con el cosmopolita, imperturbable y sofisticado

Cari. Tan frío y tan intocable como lo había sido su padre. Se preguntó entonces cómo era posible que no hubiera visto eso antes. Pero, claro, quizá antes no tenía a nadie con quien compararlo.

Ahora sí.

-Es tan pequeño. Como Becca. Curioso, siempre pensé que mi hijo sería grande y fuerte, como tú.

-¿Yo fuerte? Una persona fuerte no habría salido huyendo.

-Tú no saliste huyendo, Mags. Yo te eché. Y fue una crueldad por mi parte. Y algo infantil. Pero quería que sintieras lo que yo había sentido durante años.

-¿Qué significa eso?

-Durante los últimos años de nuestro matrimonio me sentí como si estuviera de sobra. Tú sabías lo que querías e ibas a por ello. Y a partir de tu éxito no me necesitabas para nada. Ya no necesitabas mis contactos, ni mi dinero...

-Cari, yo nunca he buscado tu dinero...

-Lo sé, lo sé. Todo esto no es culpa tuya, sino mía. Yo quería cuidar de alguien y tú creías estar buscando un hombre que cuidase de ti. Pero nunca te hizo falta.

-¿Y por eso me engañaste? ¿Porque no era suficientemente blanda para ti? ¿Por qué no te necesitaba para respirar?

Cari hizo una mueca de dolor. Y Maggie se alegró.

Porque ella no era blanda. Había creído serlo, pero no lo era en realidad.

Y, por primera vez en muchos años, se sintió libre. Ya no necesitaba una figura paterna, pero Cari no había superado su necesidad de ser el jefe, el protagonista, el tutor, el que ganaba dinero, el que tenía éxito.

-¿Quién es el tipo que he visto en el estudio?

-Un amigo -contestó Maggie-. Cari, haz lo que tienes que hacer y firma los papeles del divorcio. Eso es todo lo que te pido. Y vete a casa con tu hijo y tu novia.

-Sí, tienes razón.

Maggie, dejándose llevar por el cariño que había sentido por él una vez, lo abrazó. Y Cari le devolvió el abrazo.

Había hecho bien en dejarlo el día que descubrió que la engañaba. Sin pedirle un céntimo, llevándose sólo su ropa, su jeep, a su perro y las llaves de Belvedere.

Sí, había hecho muy bien.

-Adiós, Cari. Dile a Becca que... espero que el niño se ponga bien. De verdad.

Y después de eso le dio la espalda a su antigua vida por última vez.

En cuanto entró en el estudio, Ashleigh se levantó.

-Bueno, chicas, yo creo que debemos irnos.

Freya y Sandra dejaron de discutir y la miraron con cara de sorpresa.

-Pero... -empezó a decir la primera.

-Tenemos que irnos, sí -insistió Ashleigh.

Tom se levantó también. Aunque no quería acercarse a Freya, que lo había estado fulminando con la mirada toda la tarde.

-Gracias por la comida, Tom. Sé bueno -sonrió Sandra.

-Me han dicho que fuiste tú el que puso el nuevo tejado en el cenador de los Jameson cuando lo tiró la tormenta. Buen trabajo -dijo Freya, sin mirarlo a los ojos.

Ashleigh se acercó, con una sonrisa en los labios.

-Me caes bien, Tom Campbell.

-Ah, gracias. Tú también me caes bien, Ashleigh Caruthers.

-Pero no hagas nada que me obligue a cambiar de opinión -dijo ella entonces.

Tom sonrió, sin abrir los labios, mientras se alejaban. De alguna forma, las tres habían estado intentando decirle algo, pero no sabía

qué. Hablaban en código y seguramente le haría falta una operación de cambio de sexo para entenderlo.

Entonces se volvió hacia Maggie, que estaba retirando las tazas de café.

-Así que ése era Cari.

-Sí, era Cari -contestó ella.

-No está mal el tipo.

-A mí siempre me lo había parecido -rió Maggie.

-¿Y qué quería?

-¿Qué es esto, un interrogatorio?

-¿No puedo entablar una conversación?

-Una conversación sí, un interrogatorio no. Sea lo que sea lo que intentas decir, dilo de una vez.

-Sólo intento averiguar cómo puedes estar tan contenta cuando el tipo que te rompió el corazón acaba de aparecer en tu puerta después de seis meses sin tener contacto con él.

-¿Preferirías que estuviese llorando?

-¡Preferiría que estuvieras furiosa!

-¿Y si yo he decidido no estarlo? ¿Qué vas a hacer?

Maggie levantó una ceja. Y ese ligero movimiento le pareció tan sexy que Tom tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la concentración.

-Maggie, ese hombre debería saber que puedes vivir sola, que te gusta la vida que has creado para ti aquí. Debería saber sobre El gran azul y lo que te ha costado empezar otra vez... debería saber que has tenido la valentía de empezar de nuevo sin herir a nadie, Yo creo que eres una persona muy valiente.

-¿De verdad?

-Pues claro que sí.

-¿Crees que le he perdonado demasiado rápido, Tom?

-Pues sí, creo que sí.

-¿Crees que debería quemarse en el infierno por lo que me hizo?

-Desde luego que sí.

-¿Porque es así como deberían castigarte a ti por no haber estado al lado de Tess cuando murió?

-¿Perdona... qué?

-Tom, Melbourne está a una hora de aquí, pero tú vivías al otro lado del país. Sidney es un sitio lleno de emoción, de actividades, de cosas que hacer. Cambiaste esa ciudad por un pueblo diminuto. ¿Crees que a Tess le haría feliz saber que estás escondido aquí?

-Esta conversación no era sobre mí -protestó él.

-Venga ya, Tom. Piénsalo. Piensa por qué estás aquí. Piensa en lo que haces por mí. Tú no pudiste hacer nada por Tess, por eso dejaste tu trabajo. Para poder arreglar la vida de los demás.

Tom se preguntó si habría estado hablando con Alex.

-No es por eso. Me gusta trabajar con las manos y...

-Tonterías.

-¿Perdona?

-Que son tonterías. Tú no puedes arreglar mi vida y luego seguir adelante como si fueras... no sé, un ángel de la guarda. Yo no necesito una figura paterna, Tom. Ya no. Y tampoco necesito un ángel de la guarda. Necesito amigos y necesito relaciones de igual a igual. No estoy preparada para recibir más que para dar y viceversa.

Tom se quedó sin palabras. Lo último que había deseado siempre era encontrarse en la posición de tener que hacer feliz a otra persona. Pero había cambiado. ¿Cómo lo sabía Maggie? ¿Cómo sabía que, por primera vez en su vida, deseaba ayudar, consolar, hacer que las cosas fueran mejores para los demás?

Pero, aunque lo supiera, estaba dejando bien claro que ella no quería eso.

Tom se levantó, confundido.

-Muy bien. Ahora que lo hemos aclarado, lo mejor será que vuelva a trabajar.

-Sí, he oído que tu jefa es una negrera. Será mejor que te pongas a ello.

-Eso voy a hacer.

Luego se alejó, más confuso, enfadado y frustrado que nunca en toda su vida.

Esa noche, Tom estaba en el bar del So-rrento Sea Captain tomando su tercera cerveza cuando Alex apareció, el pelo despeinado y una mancha de puré en la camisa.

-A ver, aquí llega la caballería. Ya estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

-Necesito consejo.

-¿De mí? -Alex parpadeó, incrédulo.

-Tú eres el único hombre que conozco con una relación que ha sobrevivido más de un año. Así que lo siento, amigo, pero eres lo único que tengo.

-Muy bien, dime.

-Es sobre Maggie.

-Tom...

-Escúchame. Y no me juzgues.

-Muy bien, te escucho.

-Esta tarde me ha dicho que me dedico a cambiar el detector de humos de las hermanas Barclay como castigo por no haber estado al lado de Tess cuando murió.

-¿Y?

-¿Y? -repitió Tom, atónito-. ¿Tú estás de acuerdo?

-Pues sí. No hay que ser un ingeniero espacial para saber que eso es verdad. Tess y tú erais como uña y carne. Los mejores amigos, además de hermanos. La muerte de Tess fue un golpe terrible. Eras arquitecto, un arquitecto importante que había ganado mucho dinero y respeto por tu trabajo. Ahora eres un manitas que conduce una vieja camioneta y trabaja por casi nada. No hay que ser muy listo, hombre.

-Ya.

-¿Es lo que ella ha dicho lo que te tiene tan cabreado o cómo lo ha dicho?

-No lo sé. Pero, desde luego, Maggie no es una damisela en apuros.

-Vaya, qué te parece.

-Lo creas o no, cambiar bombillas ha sido suficiente para mí durante estos últimos años. Eso y pescar, cocinar, el sol, la pasta, las cer-vecitas. Tú sabes mejor que nadie lo bien que se vive aquí.

-Sí, pero...

-Pero desde que conocí a Maggie es como si viera todo lo que falta a esa fotografía perfecta, como si hubiera descubierto un agujero. Y no sé cómo llenarlo.

-Aparte de que sea una mujer casada... ¿qué quieres de ella, Tom?

-No lo sé.

No quería un revolcón, eso seguro. Porque, por primera vez en muchos años, sentía que algo dentro de él empezaba a abrirse.

-¿Quieres que te dé un consejo? -preguntó Aléx.

-Sí, por favor.

-No tiene sentido que te metas en nada hasta que no te hayas perdonado a ti mismo por lo de Tess. La echas de menos... y eso es normal. Eso significa que no la olvidarás nunca. Pero no puedes meter tu corazón en una nevera, Tom. No puedes porque algún día querrás usarlo. Y tienes todo el derecho del mundo a hacerlo.

Tom lo miró, sorprendido.

-No sabía que fueras un romántico.

-Sí, bueno, es que veo muchos programas de televisión de ésos que ponen por las mañanas.

Tom soltó una carcajada, pero mientras veía a Alex salir del bar para volver a casa con sus mujeres sintió algo muy parecido a la envidia.

Tom se pasó el día siguiente trabajando como un poseso, sin parar siquiera para comer.

Maggie lo miraba desde la ventana del estudio de vez en cuando. Se pasaba las manos por el pelo más de lo normal, pensó. Pero con tanto trabajar, la maleza ya casi había desaparecido.

¿Cómo podía mantenerlo en casa más tiempo? ¿Qué podía hacer, pedirle que pintase los armarios de la cocina? No, imposible. No tenía dinero para pagarle.

Mientras tanto, se dedicaba a envolver la serie Borrones azules, cuadritos sin importancia que había hecho en los últimos días, en el plástico de los muebles. Luego llamó a un mensajero para que se los llevara a su agente, que estaba frenética. Si Nina podía venderlos por cien o doscientos dólares la pieza, habría conseguido dinero para el recibo de la hipoteca. Genial.

Una pieza que no le apetecía vender era la que había empezado cuatro días antes. Estaba terminada y era fabulosa. Mientras El gran azul era un reflejo de su cara, aquél era un reflejo de su corazón.

No era ni un paisaje ni un retrato, pero era un auténtico Maggie Bryce. Quizá Nina podría pedir más dinero por ése. El dinero se había convertido en algo importante para ella. Más importante que nunca porque significaba que podía quedarse a vivir en Belvedere.

-Bueno, ya he terminado -anunció Tom, entrando en el estudio.

-¿Ya has terminado por hoy o ya has terminado del todo?

-Del todo, se acabó, ya está todo hecho -suspiró él.

-Aún te queda un día, si lo necesitas -sugirió Maggie.

-El camino está limpio. Pero he dejado unas ramitas para que las cortes tú... como si fuera una cinta de inauguración. ¿Quieres que te lleve allí ahora mismo? Detrás de las ramitas está la playa.

-No, esta noche no -contestó Maggie. No estaba preparada para decirle adiós. Había pensado que tenían un día más. Necesitaba al menos un día más. De hecho, si era sincera consigo misma, necesitaría un siglo antes de estar lista para dejarlo ir del todo.

-Pero podemos hacerlo mañana por la mañana. Con luz será mejor.

-¿Podemos?

-Smiley y yo -contestó Maggie, cortada.

-Muy bien, como quieras.

-¿Quieres llevarte El gran azul ahora o mañana?

-¿Dónde están los demás?

-Ya no están. Se los he enviado a mi agente para que los ponga a la venta.

-¿Vas a venderlos?

-Pues... eso es lo que suelo hacer, Tom -contestó ella, estupefacta-. Mira, toma tu cuadro -dijo entonces, poniendo en sus brazos El gran azul.

-No puedo aceptarlo.

-¿Por qué no?

-Porque es demasiado... personal.

¿Demasiado personal?

-No te entiendo.

-Has pintado un retrato de ti misma por alguna razón, Maggie. Quizá deberías conservarlo.

-Todos los cuadros que he vendido los había pintado por alguna razón. Y muchos Rem-brandt son autoretratos. ¿No aceptarías uno de ésos como regalo?

Tom dejó escapar un suspiro.

-¿De verdad piensas vender los demás?

-Claro.

-¿Tu agente sabe qué significan?

Maggie se encogió de hombros.

-Al final, eso no importa nada. Además, el que compre esos cuadros no estará interesado en saberlo. Lo que importa es el placer que sienta al colgar esos cuadros en su casa.

-Pero yo pensé que esta serie era... especial. Esa noche, cuando viste tu cara, lloraste como una niña y pensé...

-¡Estoy en la ruina, Tom! -exclamó Maggie entonces.

Él puso cara de susto. Pero no tenía derecho a hacerla sentir culpable por vender su trabajo.

-Si no vendo esos cuadros, tendré que irme de aquí y no quiero que eso pase. Es así de sencillo. Puede que no te hayas dado cuenta, pero soy una artista más o menos famosa y he ganado mucho dinero con mis cuadros... pero sólo en los últimos dos años. Y fue entonces cuando Cari buscó otra mujer porque pensó que yo ya no le necesitaba. He seguido pagando la hipoteca como he podido,

pero no le he pedido un céntimo a mi ex marido. Y, considerando que no he vendido un solo cuadro en casi un año, digamos que las cosas no me van muy bien.

Tom tragó saliva.

-¿Y si vendes esos cuadros ganarás lo suficiente para seguir viviendo en Belvedere?

Maggie se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? Pero ahora mismo, con mis muebles, con ese fabuloso paisaje que, gracias a ti, puedo ver desde mi ventana, estoy dispuesta a hacer lo que tenga que hacer para conservar esta casa. Incluyendo dejar que esos cuadritos de nada salgan al mercado con mi firma. ¡Así que deja de mirarme con esa cara y deséame suerte!

«Hazlo», pensó. «Deséame suerte. Dilo porque, a pesar de tus problemas y tu determinación de no dejar que nada te afecte, yo sé que tú también quieres que me quede».

-Buena suerte -dijo Tom, colocándose El gran azul bajo el brazo-. ¿Nos vemos mañana?

-Sí, eso me gustaría mucho.

El sol se había puesto y su rostro estaba en sombras, de modo que Maggie no pudo ver lo que había detrás de esos ojos pardos mientras se alejaba hacia la puerta. .

Capítulo 11

POCO después de que Tom se hubiera ido, Maggie recibió el sobre que había estado esperando. La razón por la que dejaba la puerta de la entrada abierta todos los días. La razón por la que el teléfono siempre estaba encima de su mesa de trabajo.

Mientras miraba los papeles que le había enviado su abogado para confirmar la finalización del divorcio, por primera vez en su vida sintió que estaba sola. Soltera. Libre.

Tenía la impresión de que podía ser tan espontánea como quisiera, que podía correr por la casa desnuda o ponerse a hacer el pino si le daba la gana. O comerse la pasta del día anterior directamente de la nevera, sin calentarla en el microondas.

Por primera vez en su vida podía hacer lo que quería hacer. Y eso hizo. Veinte minutos después estaba en el jeep, subiendo la cuesta que llevaba hasta la casa de Tom.

Habría llegado allí en diez minutos, pero había tenido que buscar su dirección. No estaba en la guía y la ferretería de su primo Alex estaba cerrada, de modo que tuvo que llamar a Sandra. Ella conocía a un chico que conocía a una chica que conocía a un tipo cuyo padre era buen amigo de los Campbell.

Y allí estaba. ¿Qué habría al final de esa cuesta, una caravana, una cabana, una casa medio derruida que él estaría renovando con sus propias manos?

Pero no, no había nada de eso. Lo que vio la dejó sin aliento. A la derecha, una pista de tenis inmaculada. A la izquierda, una piscina cubierta con techo de cristal y un muelle de madera que llevaba hasta una casa magnífica rodeada de buganvillas y sauces sobre el acantilado.

¿Ésa era la casa de Tom Campbell?

Mientras apagaba las luces del jeep, vio un porche que daba la vuelta a la casa. Un porche lleno de flores y plantas bien cuidadas. Olía de maravilla, a flores, a tierra recién regada. Y a veinte metros de la casa, una pendiente de hierba que llevaba directamente hasta la playa. Ella había pensado que la vista desde Belvedere era fabulosa, pero aquello… aquello era un paraíso. Y debía de valer una fortuna.

Había pensado que Tom era demasiado tranquilo como para ser un hombre interesado en el dinero, pero viendo su preciosa casa se

preguntó si la verdad sería que había entrado en la carrera de ratas que eran los negocios, había ganado y se había retirado a Sorrento para vivir feliz el resto de sus días. Ahora, las palabras de Freya tenían sentido. «Está forrado», había dicho. Entonces no la tomó en serio, pero...

«Pero él no es como los otros», pensó. Los otros ganaban dinero para que lo viese todo el mundo, para que envidiasen su éxito. Lo único que Tom mostraba a todo el mundo era su sonrisa y su disponibilidad.

Suspirando, Maggie tomó la botella de vino que había comprado en el pueblo y el sobre con los papeles del abogado y saltó del jeep. Unas elegantes lámparas de gas alumbraban el camino hasta la puerta.

Sus sandalias de tacón, las únicas que tenía, crujían sobre la gravilla y sintió que le temblaban las piernas. Pero cuando llegó a la puerta vio un cartel que decía He salido a pescar.

Eso la hizo sonreír. Los hombres que había conocido antes en su vida habrían muerto antes de poner un cartelito así. Tom era diferente. Y eso era lo que le gustaba de él.

Maggie se pasó una mano por el pelo, bien peinado por primera vez en muchos meses, se colocó la tira del top azul y llamó a la puerta con los nudillos.

No podía estar pescando porque era de noche, se dijo.

Enseguida oyó ruido de pasos y luego el suave susurro de una cadena. Y un segundo después vio la cara de Tom. Había algo extraño en ir por primera vez a la casa de un hombre, una sensación rara al verlo en su propio terreno. Con una camiseta gris y unos calzoncillos de cuadros rojos, de repente era como un desconocido para ella.

-¡Maggie! -exclamó, al verla.

-Hola.

Iba un poco despeinado, como si hubiera estado durmiendo la siesta, y tenía un recipiente de comida china en la mano.

-¿Qué haces aquí?

Maggie respiró profundamente y le mostró la botella de vino y el sobre que llevaba en la mano.

-Estoy divorciada -anunció-. Y quiero celebrarlo.

Le pareció ver un brillo en sus ojos, pero podía haber sido un truco de la luz. Por un momento, sintió miedo. Quizá ésa no era una buena noticia para él. Quizá saber que era libre le daría miedo.

Quizá pensaría que ella quería... algo más que una amistad y estaba a punto de decirle que estaba ocupado.

Pero no, Tom dio un paso atrás y, sonriendo de oreja a oreja, en una clara invitación, le indicó que entrase.

Tom sonreía, sí. «Esto sí que es inesperado». Sobre todo porque cuando se marchó de su casa esa mañana se había ido sin saber qué iba a ser de ellos dos.

Entonces vio su imagen en el espejo y se dio cuenta de que estaba hecho un asco. No podía recibir a «Lady Bryce» con ese aspecto. Debería ponerse unos vaqueros, pensó. Pero no quería distraerla, ni darle oportunidad para que saliera corriendo.

Además, estaba guapísima. Se había peinado, por fin, y llevaba un top azul de seda y unos vaqueros que le quedaban de maravilla. Y sandalias de tacón. ¿Para él?

-¿Has colgado el cuadro? -exclamó Mag-gie al entrar en el salón.

-En cuanto llegué a casa -le confesó él.

-¿En lugar de un Drysdale? -preguntó ella, señalando el cuadro que estaba en el suelo-. ¿Tienes un Drysdale?

-Y un Nolan, en mi dormitorio.

-Y si no me equivoco, esa escultura es un Rodin. ¿Una copia?

-No.

-¡Pero si vale una fortuna!

-No creas. La conseguí por un precio razonable hace unos años. Fue un regalo para mi hermana. Tess era una fanática del arte, ¿sabes?

-No tenía ni idea.

-Lo era, sí. Así que esa escultura para mí no tiene precio.

-Sí, entiendo.

En ese momento, Tom supo que no era el momento de pensar en Tess. Alex tenía razón. Durante años, no había podido dejar de pensar en su querida hermana, deseando haber podido hacer un milagro.

Pero aquel momento era para Maggie y para él. Para nadie más.

-Cuando vivías en Sidney te dedicabas a renovar edificios históricos -dijo ella, mirando alrededor con cara de sorpresa-. Debiste de ganar mucho dinero. -Sí.

-No eras un simple trabajador manual. -No, era el propietario de la empresa -contestó Tom-. Soy arquitecto y mi empresa se convirtió en un éxito. Antes de venir aquí la vendí por... digamos que una buena cantidad de dinero.

-Y esta casa... ¿la has diseñado tú?

-Sí, hasta el último rincón. Lo considero mi última aportación al mundo de la arquitectura -sonrió él.

-Es preciosa, Tom.

-Gracias.

-Pero si tienes tanto talento... ¿por qué lo has dejado?

-Porque era un juego. Conseguir el mejor contrato, el edificio más caro. Cuanto más dinero ganas, más quieres. Y, de repente, se convierte en lo único importante en la vida. Y entonces ya es demasiado tarde.

-Sí, claro. Siempre me había preguntado si las personas que sólo viven por el dinero pueden recapacitar y darse cuenta de que están tirando su vida por la ventana. Por lo visto, hay algunos que sí.

-Sí -sonrió Tom-. Así que me vine aquí y decidí trabajar con las manos cuando me apeteciera y sentir el sol en la espalda. No quería hacerte pensar lo que no era, pero nunca encontraba el momento para contártelo.

-Lo entiendo -murmuró Maggie.

-¿Y por qué tengo la impresión de que te has llevado una decepción?

-Pues... quizá porque estoy un poco decepcionada.

Tom soltó una carcajada.

-Mira que eres rara, Maggie Bryce. La mayoría de la gente se pone a dar saltos de alegría cuando descubren que no soy un vagabundo.

-A mí me gustaba el vagabundo.

Tom entendió lo que quería decir. Tom el manitas era libre, perfecto para un revolcón. El amante de transición después de un divorcio. Sí, también a él le había gustado ser ese hombre durante unas semanas.

Pero Tom el millonario era otra cosa. Quizá demasiado parecido a la vida que Maggie había conocido una vez. Y él no quería que se apartase.

-Viéndote en el jeep, con la coleta y la ban-dana en el pelo nadie pensaría que eres una artista reconocida.

-Lo sé, pero pensé...

-Sé lo que pensaste -la interrumpió él.

Había visto el deseo en sus ojos. Durante días. Un deseo prohibido. Pero ahora no había nada que les impidiera estar juntos. De modo que, antes de que pudiese recapacitar, Tom se inclinó para

tomar su cara entre las manos... y la besó.

Con un suspiro suave y resignado, ella le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso. Y Tom no pudo evitar emitir un gemido ronco de deseo.

-Maggie...

-Tom...

-¿Sí? -contestó él con voz ronca-. ¿Qué puedo hacer por ti?

Pero en lugar de contestar, ella se puso de puntillas y le dio otro beso en los labios. Cuando se apartó, Tom acarició su cara.

-Maggie, quiero que sepas que te he deseado desde el primer día. Desde que entré en tu casa y te oí soltando palabrotas.

-¿Me oíste?

-Y no fue la única vez. Dices más palabrotas que un marinero.

Ella sonrió, apretándose contra su torso.

-Yo también te he deseado desde el primer día, desde que apareciste con tu cinturón de herramientas y tu funda de almohada.

Eso era todo lo que Tom necesitaba oír. Todo lo que pensaba oír.

De modo que se inclinó, un poco y la tomó por detrás de las rodillas.

-¿Qué haces?

-Llevarte a mi dormitorio -contestó él.

Siempre le había gustado el tamaño de esa habitación, sus paredes forradas de madera, la cama enorme, las sábanas de color café y los colores tierra del Nolan que colgaba en la pared, en contraste con los colores brillantes de las plantas del patio. Y no se le ocurría una mujer más atractiva para compartirlo que Maggie Bryce.

Por fin, llegó a la cama y la dejó en el suelo, despacio, con reverencia.

Ella lo miró, pestañeando. Dispuesta, pero nerviosa. Como si fuera su primera vez.

También él sentía como si fuera su primera vez. Porque sus sentimientos hacia Maggie eran confusos, profundos y conflictivos.

Se quedó allí, mirándola, sin saber qué hacer.

Y entonces Maggie, sin dejar de mirarlo a los ojos, apartó las manos de sus hombros, se quitó el top azul sin decir nada y lo dejó caer al suelo. Tom lo miró y miró también las uñas de sus pies, con manchitas de pintura azul.

Cuando levantó la mirada, ella estaba sonriendo, invitadora. Una semana antes había deseado aquello más que nada en la vida,

pero entonces Maggie no era libre. Y ahora...

Ahora ella estaba allí, abriéndose como un precioso regalo, sonriendo, deseándolo, y al final Tom supo exactamente lo que debía hacer.

Maggie despertó y notó enseguida el delicioso olor que llegaba de la cocina. Respiró profundamente y se estiró, soñolienta y feliz, sintiendo el roce sensual de las sábanas en su piel desnuda.

¿En su piel desnuda? Ella siempre dormía con braguitas.

Entonces se incorporó, mirando alrededor... y recordó dónde estaba. Su dormitorio blanco, con el trozo de papel pintado desprendiéndose, había sido reemplazada por una habitación con paredes forradas de madera, iluminada sólo por una discreta lámpara.

Enseguida vio la marca de una cabeza en la almohada, a su lado. Maggie pasó la mano por ella cariñosamente. La marca de Tom.

Entonces se dejó caer sobre la cama de nuevo, estirándose todo lo que le era posible hasta ocupar la cama entera. Sonriendo, satisfecha. Sólo le gustaría poder darse una ducha. ..

Cuando miró a la izquierda, vio un cuarto de baño. Luego, después de una rápida mirada hacia la puerta, corrió desnuda hacia allí.

Maggie suspiró bajo la ducha, recordando las horas pasadas entre los brazos de Tom, besándolo, cerrando los ojos mientras él la besaba. Entonces notó un sabor salado y se dio cuenta de que estaba llorando, las lágrimas mezclándose con el agua. Pero estaba segura de que no lamentaba nada, sólo era la emoción.

Había sufrido tanto después de la traición de Cari, que pensó que nunca volvería a ser feliz.

Conocer a Tom, sentirse atraída por él, enamorarse de él... y dejar de pensar en Cari para siempre era algo nuevo, maravilloso. Un nuevo principio.

Era libre. Libre para vivir como quisiera. Y lo primero que había hecho con su libertad era correr a los brazos de otro hombre.

A Maggie se le cayó el jabón de las manos.

«¿Cómo se te ha ocurrido? ¿No podías haber esperado unos días? El tiempo suficiente para saber si puedes seguir viviendo en Belvedere. No, porque eso podría haberme dado la excusa perfecta para salir corriendo, y necesitaba estar con él».

Sin embargo, Maggie sabía que Tom aún no se quería lo suficiente a sí mismo como para confiar del todo en otra persona.

-Sí, bueno, esta vez por lo menos sé eso. Estoy advertida, así que, pase lo que pase, no me pillará por sorpresa.

Suspirando, salió de la ducha y se secó vigorosamente con la toalla. Luego se vistió y, como si estuviera caminando por la plancha, se dirigió a la cocina.

Tom tenía el pelo mojado y llevaba unos vaqueros caídos de cintura y la camisa gris con la que le había abierto la puerta. Y estaba guapísimo. El David de Miguel Ángel no podía compararse con él.

-Hola, Tom.

-Hola -la saludó él, levantando la mirada.

Maggie carraspeó, nerviosa. Como todas las mujeres de su generación, había visto todos los episodios de Sexo en Nueva York y aun así no sabía qué hacer.

-¿Tienes hambre? -le preguntó él, con toda naturalidad.

-Sí, la verdad es que sí.

-Pues siéntate -dijo Tom, señalando los taburetes que había frente a la encimera de mármol negro-. Estos calamares los he pescado yo mismo.

-¿En serio?

-Sí, ya te dije que desde el muelle se pescaban unos calamares estupendos.

Tom tenía una sonrisa en los labios. Parecía feliz de tenerla allí. Estaba cocinando para ella. De modo que se quedaría. Hasta que llegase el momento. O para siempre.

¿Para siempre?

Maggie cerró los ojos un momento. Porque acababa de descubrir que no había ido a su casa sólo para hacer el amor. Había ido porque estaba enamorada de Tom.

Estaba enamorada de él.

Después de cenar, entre sus brazos de nuevo, en la cama, sólo podía pensar en el brillo de intimidad que había en sus ojos mientras cenaban juntos. Un brillo que le decía que no iba a irse, que no iba a desaparecer.

Maggie se quedó plácidamente dormida mientras las palabras «te quiero» aparecían en su mente como movidas por las olas.

Capítulo 12

TOM despertó temprano, perdido entre un sueño delicioso y unos recuerdos estupendos de las últimas horas.

Maggie y él habían hecho el amor otra vez en medio de la noche. Y se habían tomado su tiempo... haciendo turnos. Y cuando tuvo a Maggie entre sus brazos, dormida, se sintió más feliz que nunca.

Él solía dormir con una mano debajo de la almohada, otra encima y una pierna sobre las sábanas, dispuesto a salir corriendo si era necesario. Pero esa mañana despertó hecho una bola, calentito, seguro, con sus brazos alrededor de...

Una almohada. Tom la apretó. Sí, no había duda, era una almohada. ¿Dónde estaba Maggie?

Había despertado solo en la cama todas las mañanas de su vida. Incluso cuando salía con alguna chica, ninguna se había quedado a dormir. Nunca. Primero porque no quería molestar a su hermana y, cuando se mudó a Sorrento, para evitarse problemas. Pero aquella mañana, al ver que Maggie no estaba a su lado se sintió... solo.

Se había ido. Después de lo que hubo entre ellos por la noche, Maggie se había ido. Aún podía oler su perfume en la almohada. Y si cerraba los ojos, podía sentir el calor de su piel.

Sabía sin la menor duda que se había ido para protegerse. Pero si él era el hombre que debía ser, si era el hombre que Maggie esperaba que fuera, iría a buscarla. Hasta los confines de la tierra si era necesario.

De modo que se levantó de un salto y se dio la ducha más rápida de su vida. Quizá porque ahora el suave «te quiero» que había oído antes de quedarse dormido era la banda sonora de su vida.

Maggie estaba sentada al borde de la cama, mirando un nido de pájaros en el alféizar de la ventana. La madre iba y venía llevando gusanos para los pequeñines, que levantaban la cabeza, airados, abriendo mucho el pico para recibir su alimento. Había llegado el verano, pensó. ¿Cuándo había llegado?

¿Habían pasado seis meses desde aquella noche, cuando hizo la

maleta a toda prisa y se alejó de Melbourne, de su vida, de sus amigos, de su marido?

Le parecía como si fuera el día anterior, cuando abrió la maleta y descubrió que había llevado sujetadores y bragas para tres personas, pero ni pasta de dientes, ni crema para la cara, ni gel de baño, ni esponja...

Había guardado mil camisetas, montones de vaqueros y un vestido de lentejuelas que jamás podría ponerse en Sorrento, pero ni un solo par de zapatos.

Sólo unas sandalias de tacón y unas zapatillas de deporte.

Recordaba que había caído al suelo, llorando amargamente, mirando aquella habitación vacía, con Smiley a su lado, tocándola con el morrito para comprobar que estaba bien.

Y ahora tenía una cama, un estéreo, una panorámica de la playa, un hombre complicado del que se había enamorado por completo y una nueva carta del banco diciéndole que tenía que pagar el recibo de la hipoteca o podía despedirse de Belvedere.

Maggie miró el trozo de papel pintado que se desprendía de la pared. Furiosa, se levantó y tiró del papel con las dos manos, dejando al descubierto una pared pintada de color azul. Pero al menos la casa no se le había caído encima. Algo era algo.

-Muy bien. ¿Te sientes mejor ahora? -murmuró.

-¿Maggie? -oyó una voz abajo.

Bien, tenía que empezar a cerrar la puerta. Belvedere se había convertido en el metro de Sorrento.

Pero su corazón empezó a latir con fuerza. Porque era Tom. Había sabido que iría a buscarla, pero no esperaba que lo hiciera tan pronto.

Salió de la habitación e iba a bajar la escalera cuando se chocó con él.

-Cuidado...

-Maggie...

-Tom.

-Te fuiste de mi casa -la acusó él.

-Sí, lo sé. Me pareció lo mejor.

-¿Por qué?

-No me debías el desayuno, ya me diste de cenar. Tom, de verdad, no pasa nada. Estoy bien... Estamos bien. Es que no quería que pensaras que yo...

-¿Estamos bien? ¿Quién ha dicho que me parezca bien que te

marches en medio de la noche?

-No me fui en medio de la noche. Me fui al amanecer.

-¿Pero por qué? -preguntó él, mirándola como si no entendiera nada.

-¿Tú querías que me quedase?

-Pues claro que sí. Maggie, yo... -Tom se pasó una mano por el pelo, nervioso. Y luego tomó las suyas, un poco inseguro, pero decidido-. Maggie, cuando fuiste a mi casa anoche, pensé que estaba soñando. Cuando descubrí que por fin estabas divorciada, me pareció como si me hubiese tocado la lotería. Y cuando me di cuenta de que yo era la primera persona a la que le dabas la noticia...

-¿Qué? ¿Qué, Tom?

-Maggie, ¿tú sabes lo feliz que me sentí? ¿Lo que pasó anoche no significa nada para ti? ¿Nada de lo que pasó ha conseguido romper ese escudo que te has colocado en el corazón?

-Pero es que... ayer te conté que estaba en la ruina, y es verdad. Soy un auténtico desastre... ni siquiera sé cómo voy a pagar el recibo de la hipoteca y acaban de mandarme una carta del banco...

-Sé que no aceptarías mi dinero -la interrumpió él.

-No, no, por Dios. No pensarás que quiero...

-No, todo lo contrario. Por eso ni siquiera voy a ofrecértelo. Pero me he puesto en contacto con tu agente antes de venir para preguntarle qué le parecía la serie de borrones azules...

-¿Qué?

-Que he llamado a tu agente, Nina. Le he pedido que me diera un presupuesto por toda la colección y los he comprado. Y supongo que con ese dinero podrás seguir pagando la hipoteca por lo menos durante un año.

Maggie abrió la boca para protestar, pero Tom no le dio opción. Porque se acercó a ella y le dio un beso en los labios. Un beso suave. Un beso tierno. Un beso que la dejó sin aliento.

-No creas que es un favor. Ya sabes que me gustaban muchos esos cuadros -dijo después, apartando el flequillo de su frente-. Así que los compré. Ya has visto mi casa, la verdad es que pegan mucho, ¿no?

Aunque la casa estaba pintada en colores tierra, era cierto que su serie azul pegaba allí, sí. Casi como si hubiera sido un encargo.

-Pero acabo de divorciarme.

-Ah, una buena noticia. Eso significa que estás libre. Quiero

decir, estabas libre. Ahora si otro tipo te mira tendrá que lidiar conmigo.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Tom, tú no puedes ser una relación de rebote. Tú eres mucho mejor que eso.

-Pues claro que soy mejor que eso, señorita. Y por eso pienso tratarte tan bien que no querrás irte nunca más.

Ah, siempre sabía lo que debía decir. Era un seductor. Y tan tentador, tan guapo, tan tierno.

-¿Pero y si...?

-Y si ocurre algo, ya veremos cómo se soluciona. Puede que yo te decepcione muchas veces. Puede que tú me vuelvas loco. De hecho, estoy deseando que me vuelvas loco. Pero Maggie, eso no es importante.

-¿Y qué es lo importante? -preguntó ella.

Tom la miraba a los ojos con tal amor, con tal cariño, que tuvo que cerrar los ojos. Era una mirada que no había esperado ver nunca.

-Lo importante somos tú y yo. Lo importante es que nos queremos.

Aquello era demasiado. Demasiado. A Maggie se le doblaron las rodillas y cayó de golpe sobre el primer escalón.

-¿Te encuentras bien?

-¿Te das cuenta de que acabas de decir que me quieres?

-Sí, claro.

De modo que era verdad. Tom estaba enamorado de ella y ella estaba enamorada de Tom. Lo había admitido ante sí misma y lo había admitido ante sus amigas. Había llegado el momento de decírselo a él.

-Y sé que tú también me quieres -dijo él entonces, sin darle tiempo-. Así que ése no es el problema. El problema es convencerte de que puedes vivir con alguien, amarlo con todas tus fuerzas... y que una posible decepción es parte del trato.

-¿Y cómo sabes que te quiero?

-Me lo dijiste anoche, mientras me quedaba dormido. Ah, por cierto, roncas.

-¡Yo no ronco!

¿La había oído murmurar un «te quiero»? Qué horror. No, qué bien. Maggie recuperó las fuerzas enseguida y se levantó de un

salto.

-¿Quieres decirme algo?

-No ronco, ¿verdad?

-No -sonrió Tom-. Duermes como un ángel.

Y era verdad. Había dormido mejor que en toda su vida. Aparte de los momentos en los que Tom la había despertado para besarla y hacerle el amor, en varias posturas, había dormido y dormido y dormido. ¿El sonido de las olas? ¿Quién necesitaba el sonido de las olas cuando podía dormir con Tom Campbell? Y sentirse tan protegida, tan segura, tan amada.

Maggie lo miró a los ojos.

-Te quiero, Tom Campbell. Adoro tu sonrisa, tu corazón, tu bondad y tu buen gusto en materia de arte. Y en mujeres. Especialmente, tu buen gusto en mujeres. Tú eres el sueño de mi vida. Un sueño que pensé que nunca se haría realidad.

-¿Puedo besarte ahora? -preguntó él, tomándola por la cintura.

-Puedes.

Y lo hizo. Como si tuviera prisa. Como si temiera perderla.

-Quizá ahora te gustaría enseñarme el resto de la casa -dijo con voz ronca unos minutos después.

-No, de eso nada. Después de ver la tuya y comprobar que eres un arquitecto fantástico te daría un ataque si vieras el estado de mi dormitorio.

-¿Por qué no me lo enseñas de todas formas? -sugirió él-. Prometo no decir nada sobre el papel pintado.

Una hora después, Tom le llevaba un café a la cama. Cuando se sentó en el borde, su peso hizo que Maggie rodase hacia él... pero no le importó en absoluto.

-Su café, señora.

Maggie se sentó sobre la cama y tomó un sorbito.

-Qué rico.

-¿Piensas quedarte en la cama todo el día o vamos a bajar a la playa como me prometiste?

-¡La playa! -exclamó Maggie, poniendo la taza en sus manos para vestirse-. Se me había olvidado la playa por completo. ¿A qué estamos esperando?

-Ah, claro -sonrió Tom-. Ya veo qué lugar ocupo en tu vida. Primero el café, luego la playa...

-¡Smiley! -gritó Maggie.

-Luego el perro...

-Vamos a dar un paseo por mi playa -rió ella, emocionada.

Tom miró el trozo de papel pintado que había en el suelo.

-A menos que quieras olvidarte de esta casa y mudarte a la mía.

Maggie, que estaba poniéndose los vaqueros a toda prisa, se detuvo.

-No podemos vender Belvedere. La tirarían abajo, seguro.

La mirada de Tom decía que incluso él, el gran arquitecto, parecía pensar que eso sería lo mejor. Pero entonces Maggie hizo un puchero.

-Muy bien, muy bien -dijo Tom, suspirando dramáticamente-. Podemos vivir aquí y mantener mi casa para los fines de semana. Estoy seguro de que tendré trabajo suficiente en Belvedere como para no poder meterme en ningún otro lío.

¿Vivir allí? ¿Tom quería vivir allí? ¿Con ella, con Smiley, con el olor a pintura y a aguarrás?

Maggie se echó en sus brazos, tirándolo sobre la cama. No había nada más que decir.

Otra hora después, caminaban por el jardín, sin maleza pero con el suelo cubierto de raíces.

-Me encanta lo que has hecho con este sitio -suspiró Maggie. Era asombroso. Antes sólo había ramas y ramas, pero ahora podían ver el cielo.

Juntos, caminaron sobre las rocas lisas que alguien había instalado años atrás, Tom apretando su mano. Se detenía de vez en cuando para tomarla por la cintura... como para comprobar que no resbalaba, aunque Maggie estaba segura de que aprovechaba para meterle mano.

Se lo dijo y Tom se limitó a levantar las manos un poquito más. Y a ella no le importó en absoluto.

Cuando llegaron al borde de la pendiente que daba a su playa, que debía medir unos cinco metros de ancho y quizá quince de largo, Maggie se sintió... fabulosa.

Mejor de lo que había imaginado que se sentiría nunca. Aunque sabía que esa sensación era debida al hombre que estaba a su lado.

-Tú primero -dijo él.

-Juntos -insistió Maggie-. A la de tres. Una, dos...

Pero, además de no saber usar una sierra mecánica, Smiley no sabía contar. De modo que pasó corriendo a su lado con la destreza de una cabra montes y se lanzó por la suave pendiente hacia la playa, dejando sus huellas caninas en la blanca arena.

Tom y Maggie soltaron una carcajada.

-Y nosotros pensando hacer una gran inauguración.

-La historia de mi vida -suspiró ella-. No esperes nunca que algo salga como lo habías planeado.

-Ah, eso -rió Tom, tomándola en brazos-. Pues yo creo que deberías hacer planes de quedarte aquí... para siempre.

-Para siempre -repitió Maggie. Y, por primera vez en su vida, podía ver «para siempre» delante de ella. Años y años comiendo pescado frito en el Sorrento Sea Captain y caminando por la playa de la mano de Tom Campbell. Y eso la hizo sonreír, con una sonrisa tan amplia que casi le dolían las mejillas.

-Sólo si tú te quedas también.

Mientras la dejaba sobre la arena, Tom le prometió:

-Cuenta con ello.

Fin